ARMAS Y LETRAS

ARTES · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES · DEPORTES · LITERATURA · PASATIEMPOS · CURIOSIDADES
VULGARIZACIONES CIENTIFICAS

DIRECTOR-PROPIETARIO
VICENTE VALERO DE BERNABÉ

MES DE NOVIEMBRE DE 1923
AÑO IV. Número 68

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

Ayuntamiento de Madrid

PISTOLA NACIONAL

ASTRA ASTRA

REGLAMENTARIA-EN-EL-EJÉRCITO-ESPAÑOL

FABRICANTES: ESPERANZA Y UNCETA. { GUERNICA (VIZCAYA)

DELEGACIÓN GENERAL { A. V. DE BERNABÉ MAYOR 86 MADRID

Unica reglamentaria en el Ejército
Unica reglamentaria en la Marina de Guerra
Unica reglamentaria en el Cuerpo de Carabineros, en el Cuerpo de Prisiones y para los Jefes y Oficiales de la Guardia civil

CALIBRES, 9 mm. 7'65 y 6'35

Los señores Jefes y Oficiales pueden adquirir a plazos estas pistolas por conducto de

ARMAS Y LETRAS

Ayuntamiento de Madrid

INDUSTRIA Y COMERCIO
DE MADRID

CASAS QUE DEBE USTED VISITAR

MENA
FOTÓGRAFO
CARRETAS, 39
(Frente a Romea)

Tres carnets para identidad 3 pesetas
Ampliaciones de SS. MM. del uniforme que se desee para cuartos de banderas y estandartes a 25 ptas. *Novedad fotográfica*, 33 calcomanías para aplicarse en papel, cartas, cintas, esmaltes 5 pesetas

BLANCO HUECAS
para la instrucción reglamentaria de tiro. El más perfecto el más utilizado y el más económico. Libretas de tiro y facsímiles
Pedidos a las Huérfanas del comandante Huecas
Colegiata, 5, cuarto núm. 1.—MADRID

Admón. de Loterías núm. 16.—P. de Santa Cruz, 2
Su administradora D.ª Felisa Ortega, remite a provincias, ultramar y extranjero los pedidos que le hagan, siempre que vengan acompañados de su importe

R. FERNÁNDEZ ROJO, GRABADOR
Fábrica de sellos de caucho. Precintos de varias clases
Teléfono, M. 415.—FUENTES, 7.—MADRID

AVISO: La casa que más paga oro, plata, platino, dentaduras, alhajas y papeletas del monte. *Plaza de Santa Cruz, 7 (Platería)*

CASA HERNANDO
MAYOR, 29
Teléfono, 2485 M

Venta de toda clase de máquinas de escribir. Reparaciones muy económicas, accesorios de toda clase. Cintas, papel carbón, tampones y efectos de escritorio. Se hacen abonos para Madrid y provincias. Presupuestos gratis

IMPRENTA
DE
ARMAS Y LETRAS

Se hacen toda clase de libros, folletos, impresos y propagandas
Tutor, 6.—MADRID.—Teléfono, 26-84 J

RESERVADO
para la
Compañía Transatlántica

Ayuntamiento de Madrid

BORISOL ANTISÉPTICO Y DESINFECTANTE

Eficaz en las enfermedades de los párpados, nariz, boca, garganta, oídos y de los órganos génito-urinarios.

FARMACIA TORRES MUÑOZ.—San Marcos, 11.-MADRID

RECLUTAS DE CUOTA

Acudid para aprender la instrucción a la ESCUELA CÍVICO-MILITAR. La mejor y más conveniente.

ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA

JOYERÍA - PLATERÍA - RELOJERIA

Máquinas fotográficas. - Gemelos prismáticos Busch - Zeiss - Goerz. Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. - Pianos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26. - Teléfono M 4.205. - MADRID

Escopetas - Artículos para caza y viaje. - Objetos para regalos. - Máquinas de escribir, bicicletas y motocicletas. Pañuelos de Manila y mantillas de encaje

ANTIGUA IMPRENTA MILITAR

DE

CLETO VALLINAS

Modelación impresa para todas las Armas y Cuerpos del Ejército. Objetos de escritura y dibujo.

Despacho: Luisa Fernanda, 5. - MADRID

Talleres: Tutor 1, y Ventura Rodríguez, 17.

Teléfono L.548 - J

SERNA

COMPRO,

VENDO

Alhajas,

Papeletas del Monte,

Oro, Plata,

Relojes de buenas marcas,

Antigüedades,

Pianos, Autopianos

Escopetas,

Máquinas fotográficas,

Gramófonos,

Máquinas de escribir,

Prismáticos

y cualquier objeto de valor

HORTALEZA, 9

TELEFONO, 53-51

ARTICULOS DE OCASION

EFECTOS MILITARES Y CORDONERÍA

Bandoleras, Ceñidores, Tirantes, Fiadores, Charreteras, Dragonas, Hombreras, Fajines, Fajas, Forrajeras, Galones, Soutaches, Cordones de ayudante, para medallas, bastón, Espadas, Espadines, Sables y Condecoraciones

CELADA

Mayor, 31 - MADRID

Teléfono 2274

Fábrica movida por electricidad

Espuelas, Espolines, Golas, Plumeros, Gorras, Gorros, Roses, Entorchados, Botones, Emblemas, Números, Estrellas, Bordados, Cintas Rosetas, Lazos, Canutillos, Lentejuelas y Materiales para bordar

Ayuntamiento de Madrid

Reservado para la Pianola "AEOLIAN"

Ayuntamiento de Madrid

Anuncios por palabras

LITERATURA Militar preceptiva, por Fernando Altolaguirre. De texto en la Academia de Caballería. Unico libro de consulta, sobre tal materia, para el Cuerpo de oficiales. Precio, con el apéndice, 8 ptas. Pedidos al autor, Lista, 73.—Madrid.

PARA pasar un rato distraído, nada más apropósito. Cervecería-Bar, servido por señoritas. Cádiz, núm. 7

PARA hombres.—Ayer ventrudo, hoy enjuto: es que uso las FAJAS DE JUSTO. Probarlas es adoptarlas. Carmen, 10, corsetería.

GRAN HOTEL.—Alicante. Propietario, Miguel Simón. Servicio esmerado. Los militares, mediante la presentación del carnet militar, obtienen una bonificación del 10 por 100.

CLEMENTE Y GARCIA.—Camisería. Ropa blanca. Equipos. Canastillas. Batas. Especialidad en blusas. Calle Mayor, 34. Madrid.

ACERO.—Sastrería militar. Fábrica de paños en Béjar. Proveedor de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra. Se remiten modelos de prendas a las Juntas económicas. Talleres: San Marcos, 36 y 38. Madrid.

¡¡TODO NUEVO Y TODO DE OCASIÓN!!

SI QUIERE V. CONPRAR O VENDER Alhajas, Relojes, Máquinas de escribir, fotográficas, Pianos, Pianolas, Gramófonos, Bicicletas, Objetos de arte y fantasía y cualquier clase de artículos, VISITE TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS Y ACUDA POR FIN A LA

CASA GRIA Y GALINDEZ

Calle del Clavel, 8 **MADRID** **Teléfono 19-31 M**

SE CONVENCERA delas VENTAJAS QUE SU LARGA EXPERIENCIA en el NEGOCIO pueden PROPORCIONARLE

Ayuntamiento de Madrid

ACADEMIA "PINO"

Montera 35 MADRID

Exclusiva para el ingreso en el

CUERPO DE TELÉGRAFOS

Resultados de las oposiciones últimas: Ejercicio previo: Presentados, 80; aprobados, 65. Oposición: Presentados, 56; ingresados, 51

Profesores.

D. RAIMUNDO DEL PINO.
Jefe del Gabinete telegráfico del Ministerio de la Gobernación

D. JOSÉ RODRÍGUEZ.
Jefe del Gabinete telegráfico del Ministerio de la Guerra

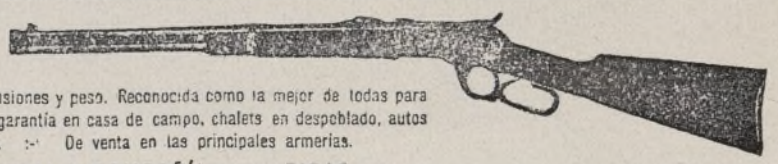
D. ANTONIO REYES.
Doctor en Ciencias Físico-Químicas, profesor auxiliar de las asignaturas en la Universidad Central

D. ISIDORO HERNANDO.
Oficial políglota del Cuerpo en la Dirección general

D. MANUEL MAYO.
Oficial del Cuerpo en el Gabinete Central.

D. ARTURO GONZÁLEZ.
Delineante.

Carabina de doce tiros "TIGRE"



Gran precisión, seguridad absoluta, perfecto funcionamiento. De reducidas dimensiones y peso. Reconocida como la mejor de todas para "Somatenes", "Unión Ciudadana", guardas, garantía en casa de campo, chalets en despoblado, autos de turismo, caza mayor, etc., etc. De venta en las principales armerías.

Al por mayor: GÁRATE ANITUA Y COMPAÑÍA EIBAR

GRANDES ALMACENES DE SALVADOR DELTELL (CASA DEL VALENCIANO)

RIBERA DE CURTIDORES, 18 — MADRID

Construcción de toda clase de correajes y equipos de caballo para el Ejército — SE PAGAN — Compra y venta de toda clase de desechos militares en cualquier punto de España ALTOS PRECIOS

PAPELERÍA :: IMPRENTA DE Felipe Martín Crespo.

Mayor, 47 - MADRID

Teléfono 211-M.

MEMBRETES, EMBLEMAS PARA TODAS LAS ARMAS Y CUERPOS DEL EJÉRCITO

LA COMPAÑÍA DE MADERAS

GRANDES ALMACENES DE MADERAS Y TALLERES MECÁNICOS

Argumosa, 14 - MADRID - Teléfono 689-M.

DEPÓSITO EN ALICANTE (MAISONNAVE, 49)

SANTANDER - BILBAO - GIJÓN - SAN JUAN (Avilés) - PASAJE - HUELVA

Pino del Norte.—Pino de tea.—Pino de Balsain.—Pino del país.—Maderas finas.

MOLDURAS DE TODAS CLASES Y FRISOS

Proveedores de la 3ª Sección de la Escuela Central de Tiro.

SASTRERÍA MILITAR Y PAISANO

ALVARO

Mayor, 20 pral. - MADRID

No hay soldado valiente si tiene CALLOS

EL UNGÜENTO MAGICO los extirpa en tres días.

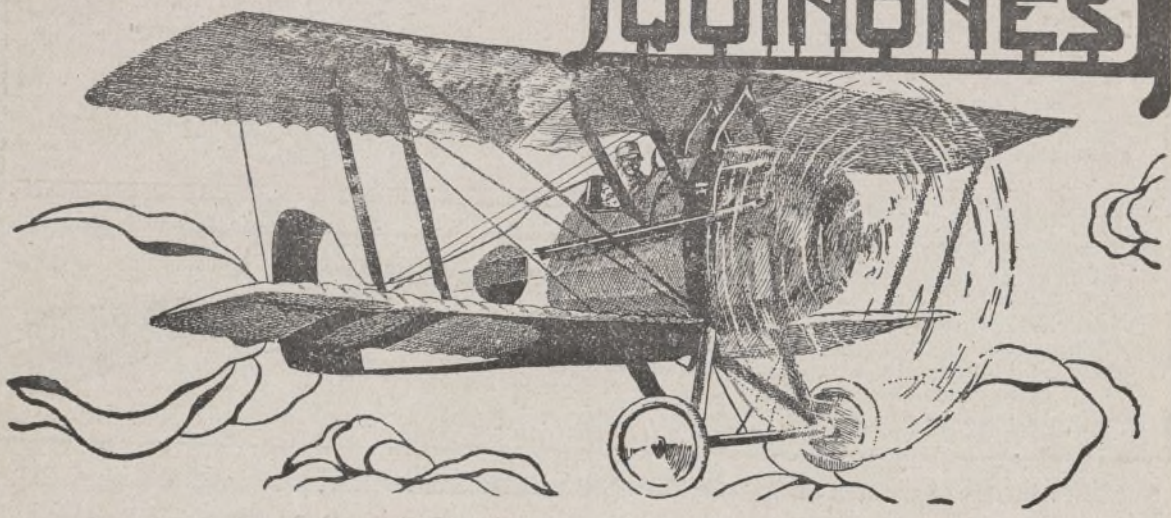
En todas las farmacias, 1.50; por correo, 2 ptas

Antes y después de las marchas y del sport dese un masaje de EMBROCACIÓN AMERICANA y será incansable, será campeón. El reuma y todo dolor desaparecen

En todas las farmacias. - Farmacia PUERTO. - Plaza de San Ildefonso, 4. - MADRID

Ayuntamiento de Madrid

SANTIAGO SANCHEZ QUIÑONES



ACCESORIOS

PARA AUTOMÓVILES, GLOBOS Y AEROPLANOS

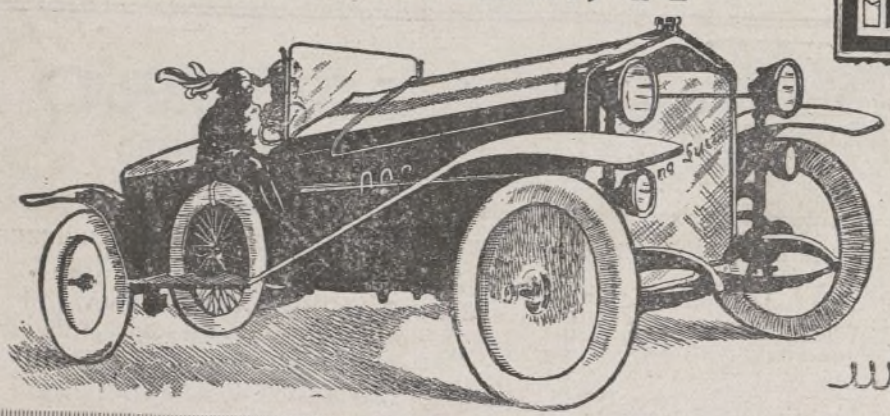
PROVEEDORES DE LA AERONÁUTICA MILITAR DE ESPAÑA

Motores NAPIER para aviación.—Cables de goma.—Tensores.—Tubos de acero.—Cuerdas de piano.—Cables de alta.—Cojinetes de bolas.—Hélices.—Neumáticos.—Ruedas metálicas.—Telas para globos.—Trajes eléctricos para aviadores.—Tornillería de acero.—Aceites y grasas OLEOSOL, etc.

TELÉFONO J-13-42

ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



M. Medina

Ayuntamiento de Madrid

ENTRE JUAN Y PEDRO

—¿Es de la novia esa carta que lees tan a gusto, maño?

—Si no la leo a gusto por eso, sino por lo que me icen...

—Pero ¿de quién es? ¡rediela!

—Pos del que ayuda al albeitar a metese con los abríos de mi pueblo.

=¿Y lo que ese ice t'hace de reír?

=Fegúrate: ice que s'han llevao a la cárcel de la ciudad al último alcalde, al secretario y al que tenía las perras de la casa Ayuntamiento.

—A saber lo que habrán hecho, porque... ¡miá que meter en chirona a un alcalde!

—Y con secretario y tóo...

—Eso no tié que ver: el de mi pueblo, cuando s'hacía algo güeno, iba iciendo que era cosa de él; conque si el tuyo hizo algo malo, pos tamién sería el secretario ¿no?

—Es qu'eres listo de verdá, Juanico, ¡como cambean los tiempos! el mejor día cualsiquier diputao, irá por las ventas con la guardia civil...

—¡Ca! no ves que ellos no hacían na malo.

—Sí ¡recontra! pero pa hacer cosas malas, no hace falta hacelas... ¡igo yo!

—Tú lo hices y tú t'entenderás, pos eso d'hacer una cosa sin hacela...

—Pero ¡ven acá, cabezota! si a tú te mandan qu'eches jalapa en el rancho y sale malo...

—¿Crees tú que no sabría bueno?

—Déjame acabar, fantasioso; si pasa eso ¿serás tú el que lo haya hecho u será el otro quien lo haga, haciéndolo tú?

—¿No está un poco enrevesao eso que ices?... pero se comprende, vaya si se comprende... tú, nos meterías en la cárcel a los dos...

—Y más mejor a tres.

—¿A que no s'escapa naide del pueblo?

—¡Tanto como naide! ¿dirás que el que sabe una cosa mala y deja que otro lo haga, no debe ir con él?

—Si es al treato...

—Aonde sea ¡remoño! entre hombres, el que está a las duras, tamién debe probar las maúras.

—Amos que tendría gracia que por haber bebío tú alguna vez con el alcalde y el secretario, te llamaran pa que fueras con ellos a la cárcel.

—Yo no he bebío nunca, ni con presonajes, ni con...

—¡Vaya unos presonajes, que acaban en la cárcel!

—¡Andá! pos si les abrieran a toos los que pueen llamar allí...

—No, que contigo no se pué hablar; enseguida... oye ¿qué miras con tanto cuidao? ¿hay moricos?

—Paece que si y... ¿no oyes, como tiros mu lejos?

—A ver... sí... tiros son: será que regañan los tíos del de la Krin...

—¿Se lleva mal la familia?

—Eso icía anoche el capitán; que casi toos los que iban antes con él, agora, no quien dir, porque los ha engañao.

—¡Atiza! como el alcalde de tu pueblo ¿a que va a resultar que en llevando vara...?

—Cuando uno la lleva mal, pos tieen que llevarla toos y ¡cachiporrazo y tente tieso!

—¿Y esos d'allá bajo?

—Pué que pase igual... si el de la vara con la crin s'ha guardao toos, o casi toos los duros que le llevó aquel de las maderas que envió el de las madrugás y le ha salió un decretorio, como el nuestro...

—A ver, a ver... ices que el de las maeras, llevó unos ranchos que le dió el madrugaor... como que te creerás tú que éste daba na...

—Sí señor que dió ¿no ves que no era suyo? y aluego, pos, a lo mejor, cuando vas a comprar algo, llegas y ha abajao y no cuesta tanto y... te sobra y... por no hacer otro viaje...

—¡Rediez! ¿por qué olerá tan mal, cuando viene el cierzo por ese lao?

—¿No lo comprendes? porque no hay florecicas por allí... ¡ahí va que humareda!... siguro l'han dao fuego, a...

—Es un sistema de estos... ¿qué no les dan lo que quieren o lo que les ofrecieron? arramplan con lo que hay y lo que no pueén llevar, lo queman.

—Como si dijéramos ¡órdago a too!

—¡Caba! y el que tié más grandes los pares...

Ayuntamiento de Madrid

—Pa él los amarracos.

—¿A que no sabes lo que se m'está ocurriendo?

—¿Dos u tres simplezas?

—Una sola: que si cuando están esos asín, de ronda y bronca, fuéramos nosotros...

—Pué que s'ajuntaran para apedrearnos... mas mejor que ellos mesmos s'escacharren.

—Si, pero si aluego no encontramos más que cenizas...

—Poco güenas que son pa las tierras como abono: a más, agora, conviene que los dejemos un rato solicos: tieen qu'arreglar lo del señorón ese que se les ha muerto en Tetuán.

—¿Quién se les ha muerto?

—El rey que tenía el sultán allí pa que nos ayude a que le podamos proteger...

—¿Ya empiezas con las cuchufletas y los acertijos?

—¡Qué fato eres! en cuanto que no entiendes una cosa, ya te paece que es un acertijo...

—Pa mí, si no lo comprendo, como si lo fuera: ya te he comprendío, ya; el que s'ha muerto es aquel señor que iba los viernes a misa y llevaba siempre paragüas... uno mu gordo... tenía cara de güeno, mira.

—Ese mesmo y como hay que nombrar otro en su puesto...

—¿Y lo van a nombrar éstos?

—No: pero sigún el que sea, les parecerá bien o mal y mejor es asperar a ver lo que les parece y dimpués veremos.

—Oye y si hician califa al de la Crin, o al del otro lao, al de la barba.

—Más fácil que a nosotros ya es.

—¿Crees tú que lo haría mal el que nos tié aquí amarraos? entonces, seríamos amigos...

—Amigos que escomenzaron empentándose...

—Pos si dicen que los novios cuanti más se regañan, es que se quieren más.

—Con los novios, pué que pase eso, pero...

—Y el otro, el gordo ¿tampoco te paece bien?

—A mí, tan malo me es uno u tan güeno, como el otro; a éstos, es a los qu'ha de gustar...

—No sé yo si el que parezca bien a los de un lao, gustará en el otro.

—Con tal de que en uno lo tomen a bien, algo nos encontraremos: es menos cansao guardar un campo que dos: no li des güeltas.

—Miá que si ponen uno que ni aquí ni allá...

—Nos estozolan, maño.

—Güeno: ya nos lo dirán.

—Creo yo que lo que más convenía es que fuera verdad lo que icen, de que al de la Krin lo andan buscando pa... escondelo donde no se le encuentre nunca.

—Tú piensas como aquel que icía que muerto el perro... ¿ya pués asegurar que por estos andurriales no hay muchos perros rabiosos? siempre quedará alguno, créeme.

—Mas mejor sería entonces, curalos a toos.

—Pos mira ¿sabes lo que te digo? que los que mandan, pa mi qu'an pensao lo mismo. ¿No has leío en los periódicos que van a poné muchos soldaos en Alicante y Almería?

—Y eso ¿qué tié que ver?

—Pos eso, es lo que yo decía; que vamos a curar toos los perros y para un si acaso de que puan volver a rabiar, en vez de secarnos aquí en estos campuchos tan probes, estaremos allá tan ricamente y como en cuatro zancás podemos estar aquí...

—Está bien pensao eso, porque sí: parejo que lo de hacer las cosas sin hacelas...

—No ves que tenían que pensar en otras cosas.

—¿En otras cosas?

—¡Claro hombre! o te paece a tú que pa hacer méritos que le lleven a uno a la cárcel, no hay qu'hacer ná...

—¿A que va a resultar...?

—¡Tóma! si tú coges d'aquí y d'allá y de más allá... tendrás que pensar cualo coges primero, donde lo pones too y muchas cosas más...

—Hasta que me cacen.

—Entonces, pos ya has echao toa la cuenta, como si te echan un órdago a la grande y te coge con cuatro ases.

—Siempre ganaré la chica.

—Si llegaras, no está mal.

—En resumidas cuentas que toas aquellas cosas de proteger a éstos con güenos modos...

—No; eso no ha pasao: lo que sucede es que agora se les dirá—maños, tenemos qu'ir a la charca: si mus dejais los abríos, iremos toos montaos y cantando coplicas.

—¿Qué icen que no? le chafas a uno las narices con el quitarro y ¡a la fuente!

—¡Otra que no! si has querío dir por las güenas y no t'han dejao, ricuerda lo que hace el Ebro; por más güeltas y piedrucas que le ponen, hasta llegar a la mar, no se para ¿vamos, los que en sus aguas hemos bebío, a ser menos qu'el.

—¡Y que lo digas! echa una jotica de esas que tú sabes, por lo bien hablao: aquella que hice.

«No digas maña que no
porque tié que ser igual:
u me das el salero
u me tomo yo la sal.

Por la transcripción:
Fernando de Altolaguirre.

Ayuntamiento de Madrid

EL ATEO Y EL SEÑOR CURA

CUENTO POR J. RAMÍREZ URÍA

PARA aquellas pobres gentes timoratas y sencillas, cada nueva proeza del descastado mozo, que así escalaba un balcón como tocaba el guitarro junto a los cementerios, era algo como un anuncio del Anticristo. Se relataban de él mil leyendas espeluznantes de los años que estuvo en la corte o rodando por esos países de Dios. Las ancianas se santiguaban al pronunciar su nombre. Las doncellas se replegaban en su pudor, como si las amenazase un gran peligro; la gente seria y proba le hacía siempre un rodeo...

Pero él, lejos de darse por entendido, paseaba por la villa, con un tesón satánico, su insolencia volteriana y sus trajes fanfarrones de artista melenudo... Ultimo vástago de antigua y ejemplar familia—decían las gentes—, que sin duda ninguna era el gérmen de algún viejo pecado oculto. De este modo se explicaba que las iglesias le fueran casas extrañas y que sonriera sardónicamente al amor, y que hullera del calor de los hogares, siendo su entrecejo adusto y su frente abatida imposibles moradas del recuerdo.

—Pudo estudiar—pensaban—y no estudió. Pudo ser algo en la sociedad, y que le sobrara la listeza, y nada fué. Tras un montón de años turbulentos volvió a su país con una cansada mueca en el rostro y una temeraria despreocupación en el pecho... Y el sencillo país se estremeció todo como amagado de un temblor de tierra.

—Es el borrón de aquella honrada prole—decía en ciertas ocasiones el señor cura, mesando con nervioso ademán los copos de nieve de su cabellera y mirando a sus amigos por encima de las gafas que cabalgaban sobre su gruesa nariz.—Es el borrón... Es el borrón... —Y todos los que le rodeaban repetían la frase como un eco.

El señor cura tenía ya en el pueblo olores de santo y era venerado y querido como uno de aquellos ancianos patriarcas de los tiempos bíblicos. En su casa menudeaban los regalos de los fieles. Ya era una pareja de palomas nítidas, como las que vuelan a los escenarios cuando es el *debut* de una bella actriz; o un corderito blanco traído por un viejo pastor, igual que allá en Belén cuando nació Jesús; o bien una cesta de higos que por sí sola era, con la fragrancia y la miel de sus frutos, una égloga.

El pueblo no dudaba que aquellos dedos seniles y temblorosos pudiesen el milagro. Muchas besaban los faldones de su sotana vieja, como si fuese el mismo Nazareno; y los mendigos rodeaban su casa confiados en la mano pródiga de aquel pobrecito anciano que acaso vivía de la prodigalidad de sus fieles.

Conocidos ya el señor cura y el descastado filósofo, nadie extrañará que, al encontrarse cierto atardecer camino de la aldea, ambos experimentaran cierta embarazosa violencia....

El señor cura inclinó la cabeza imperceptiblemente y alzó un tanto la mano. El joven, más expresivo y menos confuso, se descubrió y dijo:

—Quede con Dios el señor cura.

Entonces éste volvió el rostro con una viva sorpresa:

—Oye, tú, mozuelo, ¿qué saludo es ese?

—¿Cuál saludo?

—El que me has hecho.

—Pues el que acostumbro a hacer siempre.

—¿Qué me quede con Dios? ¡Claro que me quedaré con Dios! Con el voy a todas horas... Pero, tú, ¿por qué lo nombras siquiera? ¿Qué tienes tú que ver con Dios?

—Lo que usted, señor cura. O todo, o nada. Todo si nos ha creado. Nada si no existe... Pero,

Ayuntamiento de Madrid

bien: ¿quiere usted decirme por qué no tengo yo que ver con Dios?

—¿Que por qué?...

Ambos callaron un instante. El rostro del joven se llenó de tristeza. El señor cura bajó los ojos como abstraído... Luego se cogió del brazo del descreído y lo atrajo con dulzura...

—Ven acá, hombre, ven acá... ¿Quieres seguir el paseo conmigo?

—Con mucho gusto. Casualmente quiero hablar con usted largo y tendido... Con usted, que es tan bueno y tan niño, que apenas sabe que el bostezo de una beata sea de sueño y no de éxtasis, y que no cree en ladrones ni en asesinos; y que ignora lo que es hipocresía; y que repele al vicio como algo contrario a su naturaleza fuerte y animosa... Con usted, cuyo amor a todos es tan puro como el amor del sol a la tierra y cuyo espíritu es un rosal que no puede con tantas rosas...

Ante tales palabras, el señor cura no pudo por menos de mostrar su agradecimiento.

—Usted, que parece mi polo opuesto, sabrá, sin embargo, entenderme y compadecerme...

La voz del joven era velada y dulce como la de un enamorado en la primera cita. Se acababa la tarde y el sol había dejado en un jirón de nubes como un mar de púrpura. Chirriaban carretas, con dulzura tristona; sonaban esquilas confusas; lloraba el mar lejano...

—Ustedes me dicen el ateo—siguió el joven tras una pausa—. Y yo, señor cura, soy simplemente un desgraciado. La vida ha sido negra para mí como una noche eterna y árida; como un desierto. Murieron cuantos seres quise. Tuve alguna fortuna y apenas tengo para vivir... Dicen que soy un descreído. ¿Y por qué no? Yo creí en una mujer y esa mujer me traicionó. Yo rogué a Dios por los míos y por mí, y los míos murieron y yo soy algo como un muerto que anda... Luego de tanto esperar en vano, me faltó fortaleza para pensar en el retiro de un claustro y esperar todavía en la otra vida; y lancé la carcajada histriónica del que al fin quiera desentenderse de ese inmenso espíritu que lo rodea y que lo alienta... Pero sólo han sido alardes necios... En mi alma infeliz y solitaria, después de estos alardes de impiedad más firme y luminosa ha crecido la fe, naciendo de los escombros de mis creencias antiguas y muertas más necesaria... Y hoy—no se me ría usted, por Dios, señor cura—creo en el mar, creo en los aires, creo en los bosques, en la creación toda, como en un solo ser inmenso del que somos parte nosotros mismos... Esa es, para mí, señor cura, la sola verdad. ¿Qué Cristo fué el hijo de Dios? ¿Qué Cristo fué solamente un filósofo? ¿Qué unos adoran los astros? ¿Qué otros crearon el Olimpo? ¿Qué aquéllos se inclinan ante Mahoma? ¿Qué éstos acatan el budhismo? ¿Y qué? Sólo es verdad el alma inmensamente consoladora de este momento del atardecer... Sólo es verdad esta infinita melancolía espiritual del azul perlado de los aires y del tintineo de égloga de las esquilas... Yo no voy al templo, señor cura, porque me parece el templo muy reducido para casa de Dios... La casa de Dios debe ser ésta... Y extendió su mano al hablar así por todo lo largo del valle.

El señor cura, en su sencillez infantil y en su corta comprensión, apenas sabía si lo que estaba oyendo eran horrendas herejías o inmensas sublimidades...

Pero de su corazón, sin saber por qué y sin poderlo remediar, había subido un amago de sentimentalismo que le hacía temblar las lágrimas en los ojos...

—No obstante, señor cura—continuó el joven—, por si acaso es verdad... por si acaso es verdad...

—¿El qué?

—Eso que ustedes dicen... Por si acaso.... y porque además fué mi madre quien me lo colgó al cuello; aún conservo y conservaré siempre... mire

Ayuntamiento de Madrid

usted... y desabrochando su camisa. mostró un escapulario.

El señor cura estaba absorto. Y de sus párpados había caído una de las lágrimas acabadas de nacer... Entre tanto las estrellas miraban ya hacia la tierra como ojos lejanos de almas que nos quisieron. El señor cura tropezaba de vez en cuando, cercado por las sombras borrosas del crepúsculo...

—Cójase bien... cójase bien—le decía su acompañante con solicitud...

Y vamos a no hablar más de estas cosas y vamos a echar un cigarrito, ¿eh?...

En aquel momento se dominaba ya la aldea, y algunos vecinos que vieron acercarse tan singular pareja, levantaron las manos al cielo.

—¡Jesús, ¡Jesús! O en el alma del ateo ha penetrado un ángel, o en el cuerpo del señor cura se han alojado los demonios.

Casos y cosas

PARA PASAR EL RATO

Museo cómico

Gobernando en Cataluña el duque de San Germán, vacó en uno de los tercios de la infantería española la sargentía mayor, y para su provisión interpuso su influjo el maestre de campo general para que se la diese a un recomendado suyo, de pocos servicios.

—No puedo quitársela al capitán más antiguo, dijo el duque, haciendo veinte años que milita en estos ejércitos.

—¡Ah, señor! replicó el maestre, repare V. E. que es hombre cobarde.

Conoció el duque que hablaba el desafecto más que la verdad, y dijo:

—Eso me obliga a dársela, porque no hay con qué premiar al que ha resistido veinte años el miedo.

***

Cierto general, en el sitio de una plaza, estaba mostrando algunos puestos exteriores de ella, en ocasión que una bala de fusil se le llevó el dedo con que señalaba.

Su valor y su sangre fría fueron tales, que sin demostración alguna de dolor ni debilidad alargó el otro dedo, y señalando con él, dijo completamente sereno:

—Como iba diciendo, señores, aquel es el punto menos fuerte.

Este es un verdadero valor.

***

Durante la guerra de los franceses, en cierto convento de una ciudad pequeña quedaron solos el prior y el cocinero.

Los subordinados no podían ser menos; pero el prior la echaba de autoridad y se daba tanta importancia, como si tuviese debajo de sus órdenes cincuenta o sesenta reverendos.

Un día que el lego se había cansado ya de tanta impertinencia y de tan poca familiaridad, le dijo:

—Mire, padre, cómo manda y cómo me trata, porque si me hace muchas, lo quito de prior.

—¡Insolente! ¡un lego quitarme de prior a mí! Querría ver cómo.

—Yéndome del convento, padre; porque si lo dejo solo, veremos entonces de quien es prior, sino de las paredes.

***

Visitando un obispo sabio, pero demasiado vivo de genio, encontró un pobre cura, hombre ignorantísimo.

—¿Qué asno de prelado le ha ordenado a usted? le preguntó.

—V. S. I. mismo, respondió el cura sencillamente.

***

Púsose un día el loco Juan García sobre el parapeto del puente del Guadalquivir, en Sevilla, diciendo a grandes voces:

—¡Nada, hombre! ¡nada, hombre!

Acudió mucha gente creyendo que se ahogaba alguno, y le preguntaron:

—¿Qué es esto, Juan?

Respondió muy sereno:

—Nada, hombre, nada.

***

Cuando uno es jóven, tiene que cuidar de su aseo personal para agradar, y cuando es viejo, para no desagradar.

***

En Egipto, el amo de la casa donde se muere un gato, se afeita la ceja izquierda en señal de luto.

Ayuntamiento de Madrid

LAS NOVELAS CIENTIFICAS

UN LIBRO DEL CORONEL IGNOTUS

Nuestro ilustre colaborador D. José de Elola ha publicado un nuevo volumen de su biblioteca novelesco-científica. El coronel Ignotus, en este volumen se supera a sí mismo, por la emoción, interés y trama científica extraordinaria que ha sabido dar a su obra. Como muestra de la belleza del libro, publicamos el siguiente trozo, que será del agrado de nuestros lectores.

Cuando Arteijo y Ercilla terminaban su breve conferencia telefónica, dándose cabal cuenta de los propósitos de los adversarios, vieron aparecer hacia Dunkerke centenares de aviones belgas y franceses, que avanzaban en crecido número para hacer creer a la escuadra de Spithead que en el forzamiento del estrecho habría de combatir con la enemiga.

—Esta es la ocasión de intervenir, Ercilla—dijo Arteijo—. ¿Sabe usted cuál es la frecuencia de onda eléctrica empleada en sus transmisiones por la radiotelefonía franco-belga?

—Sí.

—Pues entonces nada más tengo ya que decirle, sino que primero a los de arriba y después a los de abajo. Y como no podemos perder ya un solo instante, usted a lo suyo y a lo mío yo. ¡Ah! Oiga, oiga. Si se ve usted obligado a retirarse hágalo sobre mí; pues, pase lo que pase, yo de aquí no me muevo (el Cabo Dunge Ness) hasta que usted vuelva.

Aunque mucho más alto que la bandada franco-belga, hacia ella voló Ercilla con sus dos aviones, mientras Arteijo volvía proas a la flota opuesta. El primero puso el variómetro de su radioteléfono a la frecuencia oscilatoria empleada en los aparatos de los franco-belgas; Arteijo hizo marcar al suyo la usada por los otros. Con lo cual ya tenía cada uno su teléfono en disposición de poder entenderse con los de las respectivas escuadras, a las que se intentaba detener.

A los pocos minutos oían en francés, los aviadores que venían del Escalda:

«El Guardián de la Paz prohibe que ningún aeroplano rebase la línea Folkestone-Calais. Los que desobedezcan serán instantáneamente destruídos.» Poco después los del bando contrario oían sucesivamente en inglés y en alemán orden análoga señalando la recta Boulogne-Hastings por límite a su avance..

Ha de advertirse que en la época de estos sucesos el piloto de todo avión pequeño y los telefonistas de alto bordo llevaban permanentemente encasquetados los capacetes auditivos del radioteléfono, que no faltaba en ningún aparato volador de guerra. Conviene asimismo saber que los cuatro aviones ibero-americanos eran biplanos, cada uno provisto de dos excitadores esencialmente iguales a los que ya hemos visto funcionar en El América; sin otra diferencia, puramente de forma, que la de que los reflectores usados para enfilar los rayos, violáceo uno, verde el otro, lanzados por el misterioso aparato iban montados en los extremos de las alas de cada juego de éstas, cuya gran envergadura permitía fácilmente concentrar dichos rayos en puntos situados a grandísimas distancias. Sin más dificultad ni otro trabajo, según se vió en el aniquilamiento de los osos, que el preciso para apuntar unos gemelos.

Todos los aviadores, y no solamente ellos, sino los telefonistas de servicio en los buques que detrás seguían, oyeron la orden y la amenaza que la reforzaba; y aun no ignorando ya nadie en el mundo el terrible poder, todavía más terrible por desconocido, del Guardián de la Paz, ni la orden fué obedecida, ni, cual se temía Arteijo de soldados en trance de jugarse las vidas sin cuidarse de ellas, hizo ninguna mella en ellos la amenaza.

No por previsto le apenó menos el convencimiento de la necesidad de recurrir a vías de hecho; más con dolerle no bastó a hacerle vacilar, cual no vacila el cirujano al amputar un miembro para salvar a un hombre. Aquel mal era fatal y providencialmente preciso, y al realizarlo *haría una buena obra*, sin que el dolor de inmolar unas cuantas vidas para redimir a la humanidad del azote de la guerra enflaqueciera su resolución de afrontar personalmente el duro sacrificio, ni hiciera temblar su mano cuando, tan pronto vió que el aereoplano más adelantado de la vanguardia iba a llegar a la altura de Hastings, concentró los rayos de su excitador sobre él, ni su voz al ordenar al ayudante de su mismo avión y a los que en el de reserva manejaban los otros tres excitación parecida a estremecimiento que recorría la flota entera.

Arteijo, que desde lo ondo de la altura apreció aquel vaivén, interpretándolo como decaimiento

Ayuntamiento de Madrid

de las voluntades, sintió esperanza de que lo hecho bastara para detener la escuadra aérea; pero pronto salió, con pena, de su error; pues a temores y nerviosidades se impusieron la conciencia del deber militar y el esforzado aliento, dando resolución a los valientes impulsados por tales acicates para lanzarse a rebasar el límite a su avance señalado.

Uno, dos, siete, diez aereoplanos sufrieron la misma suerte de los anteriores, sin conseguir ninguno pasar de Hastings.

La callada destrucción misteriosa y el fulminante anonadamiento de cuantos se aproximaban a la zona prohibida iba pensando ya en los ánimos

de los tripulantes de los demás, como convencimiento de ser demencia inútil, temeridad insensata la de querer combatir con una fuerza invisible, incoercible; y algunos de ellos comenzaban a virar en redondo, volviéndose a los barcos que detrás venían.

Pero de pronto oyó Arteijo en su teléfono la siguiente orden del jefe de la escuadra de guerreras aves:

«Todos arriba. El enemigo está ya descubierto. Mirad a lo alto y vedlo. Ved que íbais a huír ante dos míseros biplanos. A ellos todos, a ellos».

Animados los aviadores al ver, en cuanto arriba levantaron las miradas, un adversario con realidad material, contra quien podía pelearse, pues las nubes con que antes se cubrían los iberoamericanos se habían desvanecido, prorrumpieron en unánimes hurras y comenzaron a ascender, disponiéndose a ametrallar a éstos, que retirándose ascendían también por encima de aquéllos; pero batiéndose contra los aviones que más velozmente se elevaban; aniquilándolos con sns lucecitas antes de darles tiempo para ganar altura que les permitiera asestar sus ametralladoras que los pusieran en actividad.

Del dicho al hecho hay gran distancia. Entre la referencia de un suceso impresionante y la actuación en él como actor o víctima, media un abismo; así, pues, aun teniendo los aviadores previas noticias, que casi todos creían exageradas, de la espantosa potencia e instantaneidad de los efectos de aquellos ténues rayos de suave luz, oscilantes por vez primera a su vista, experimentaron emoción tremebunda cuando los tres aviones, que en cabeza de todos hacían punta, no cayeron cual en combates aéreos es corriente caigan los alcanzados por proyectiles que les quiebran las alas sino que se sumieron en blanquecinas nubecillas surgidas de improviso y disipadas con rapidez, que a poder ver de nuevo los aviones les habría hecho creerlas alucinación de los ojos. Pero no: ni en los lugares donde habían estado aereoplanos y nubes, ni debajo, ni arriba, ni en cuanto podía abarcar la vista se divisaba *nada, nada, absolutamente nada* cual vestigio de la extinta existencia de los tres aviones desaparecidos sin dejar en pos de su pasado ser, que ya era, fué, ni humo siquiera.

La emoción de los aviadores que venían detrás de los que con sus aparatos habían sido aniquilados a su vista de tan extraordinario modo, con increible rapidez y espantosa facilidad, se trocó en miedo: más todavía, en terror. Y no a la muerte ordinaria en los combates—esa estaban resueltos a arrostrarla—, sino terror de aquella nueva fuerza desconocida e incontrastable; espanto de luchar con aquel prodigioso poder en donde hasta los más fuertes de espíritu y más despreocupados veían apariencias de sobre natural intervención.

De los ánimos pasó la impresión a los nervios; de estos a las manos que regían los timones,

Ayuntamiento de Madrid

y se hizo perceptible en la marcha de las naves, que pasajera, pero evidentemente, perdieron la fijeza del rumbo y la estabilidad en el vuelo, por unos instantes perturbado e incierto; con fluctuadoras.

Aquel crítico trance fué muy breve, pues de igual modo que antes no pudo pasar de Hastings ninguno de los aereoplanos atacantes, cuantos ahora llegaban a un kilómetro por bajo de las naves de Arteijo desaparecían, siendo pocos minutos suficientes a convertir en espantoso pánico los barruntos de terror supersticioso anteriormente dominado, apenas fué sentido por la primera vez. Y cual bandada de golondrinas que espanta el gavilán, huyó la flota entera. Para Arteijo a buen tiempo; pues en el punto mismo de darse cuenta de su triunfo, vió por oriente aparecer otro nutrido bando que hacia el avanzaba con rapidez grandísima, y a poco, no los dos, sino sólo uno de los aereoplanos de Ercilla que ante los francobelgas se retiraba, destruyendo de rato en rato a los más osados antes de que llegaran a él o ganaran altura suficiente para emplear eficazmente las ametralladoras que ya habían hecho zozobrar y caer al mar su biplano de reserva. Pues descubiertos éste y el de Ercilla por los venidos del Escalda, no al fin de la lucha, como los de Spethed habían visto a los de Arteijo, sino al principio de ella, su refriega había sido más dura, y aun estaba en veremos, y en veremos seguiría hasta que, unidos a los dos excitadores del teniente, los cuatro de su jefe tendieron entre ellos y los asaltantes infranqueable zona de antigravitatoria excitación (bueno, ¡ya se me ha escapado!) (1), en donde desaparecieron cuantos a ella llegaron: más que muertos, sumidos en la nada, arrebatados por muerte tan completa, tan diferente de las muertes de los hombres conocidas que ni cadáveres dejaba como como huella de su paso.

(1) En interés de los lectores perspicaces se les recomienda no pretendan aprovechar el descuido que ha dejado escapar el nombre técnico del excitador, para adivinar el secreto de él, pues es muy fácil emprendieran camino equivocado, calentándose en balde la cabeza. ¿Por qué? Porque el tal nombre, aun estando bien puesto, se presta a hacer tomar el rábano por las hojas. Además, no vale la pena de torturarse la mollera en colegir a tientas lo que, a la postre, y a su debido tiempo, ha de ver claro quien continúe leyendo,

: - : Anécdotas, curiosidades y cosas viejas : - :

El rey de Prusia tenía un ayuda de cámara que vivía en la mayor estrechez.

Queriendo el monarca aliviar, en parte, la mala posición de su servidor, le envió una cartera en forma de libro, y dentro de ella, billetes por valor de algunos miles.

Algunos días después le dijo:

—¡Ola, coronel! ¿que tal le ha parecido la obra?

—Hermosa, inmejorable, con un testo tan interesante, que espero con ansia el segundo tomo.

Sonrióse el monarca y le envió otra cartera con igual cantidad, pero con un rótulo que decía:

«Esta obra sólo tiene dos tomos.»

* * *

Si quieres murar a Castilla y hacerla inespugnable, decía Fernando V a Isabel la Católica, regálala a los monges Gerónimos.

* * *

Estando Agesilao, rey de Esparta, jugando con sus hijos, un cortesano se quedó asombrado de verle montado en una caña, acompañándole en sus pueriles juegos.

Conoció el rey la admiración de aquel hombre, y parándose, le preguntó:

—¿Tienes hijos?

—No señor.

—Pues hasta que no los tengas no formes ningún juicio sobre lo que acabas de ver.

* * *

Cuando los españoles eran aún dueños de la provincia de Artois, Saint Preuil, gobernador de Amiens, propuso a un oficial, llamado Courcelles, una comisión singular.

—He escogido a usted, le dijo, como el más bravo soldado que conozco, para una expedición que hará su fortuna.

Se trata de sorprender a Arras, y este es mi proyecto.

Usted se disfraza de campesino e irá usted a vender frutas a la plaza: después de algún tiempo, tramará usted querella con alguno a quien matará usted de una puñalada; se deja usted prender, le condenarán a usted a ser colgado.

No sé si usted sabe que la costumbre de Arras es hacer las ejecuciones fuera de la villa: sobre esto estriba mi plan.

Dispondré una emboscada junto a la puerta por la cual hagan salir a usted: mis gentes se harán los dueños desde que vean que se ocupan en los preparativos del suplicio.

Yo iré para detenerlos y al mismo tiempo apoderarme de la plaza.

Después yo le libro a usted. Este es mi plan, ¿que le parece a usted?

—Muy bueno, replicó Courcelles, pero necesito reflesionar.

—Pues bien, reflesione usted y hágame usted saber mañana su resolución.

Al día siguiente Courcelles fué a su casa, y le dijo:

—El plan es magnífico; pero ruego a usted tenga a bien que yo mande la emboscada y que usted sea el paciente.

Ayuntamiento de Madrid

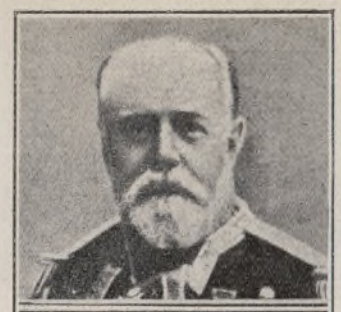
CONMEMORACION

DEL HONOR Y DEL SACRIFICIO

Monumento a los héroes de Cavite y Santiago de Cuba

El pueblo de Cartagena, con S. M. el Rey al frente, y en representación de toda España inauguró el día 8 del actual el monumento erigido a la memoria de los marinos que perecieron heroicamente en Cavite y Santiago de Cuba luchando con las formidables fuerzas navales de las Escuadras de Norteamérica en 1898. Justo es que se perpetúe aquel hecho memorable, en que se escribió una página tan conmovedora de heroismo para nuestra Marina de Guerra, que prefirió una muerte gloriosa a una rendición inevitable.

ARMAS Y LETRAS *se asocia al homenaje rindiendo su tributo de admiración hacia aquellos héroes que supieron dar su vida por el honor nacional.*



D. Pascual Cervera.—D. Fernando Villamil.—D. Patricio Montojo.—D. Luis Cadarso y D. Joaquín Bustamante.

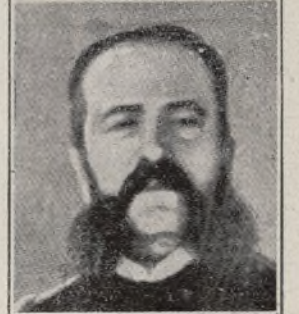
Combate de Santiago de Cuba.

«Poco después de comunicarse a todos los barcos la orden del almirante, se dejó oír en ellos el toque de oración y más tarde el de silencio, quedando desde este momento sumida la bahía en la más completa calma, en el mayor reposo.

El espectro de la patria pisoteada y desecha llenaba el alma de amargura infinita, y ante tal imagen, la nerviosidad aumentaba, y con ella la impaciencia de ver transcurridas aquellas horas que nos separaban del momento de divisar la señal que anunciase nuestra salida. El deseo de combatir fué mucho mayor que la reflexión de lo que podía pasar: todos ambicionábamos la llegada de un final cuyo resultado nadie ignoraba, si bien ninguno temía.

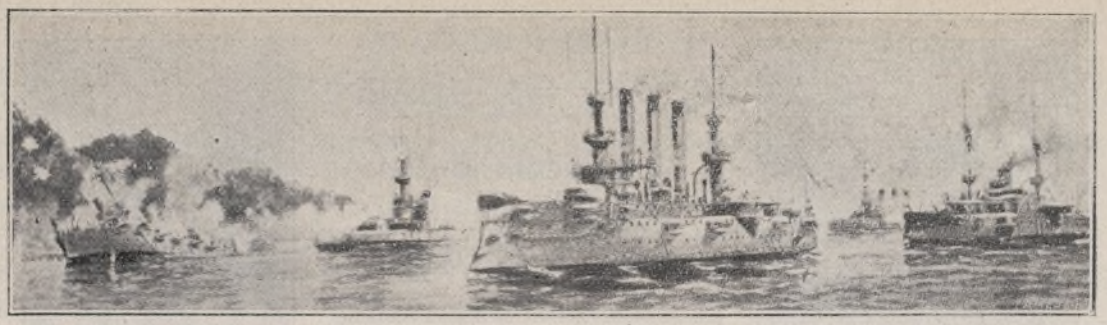
Ibamos a ser objeto de las miradas del mundo entero, y era preciso morir con honor. Cuando España así lo exigió, ¿pues qué menos que la vida podía por ella darse?

A las ocho próximamente, el «Teresa» izó la señal de «zafarrancho de combate», que fué repetida por todos los buques en medio del toque apropiado de



D. José Paredes y Chacón.—Don Juan Bautista Lazaga.—D. Emilio Díaz Moreu.—D. Antonio Eulate y D. Víctor Concas.

Ayuntamiento de Madrid



La Escuadra española en un momento del emocionante y heroico combate sostenido con la norteamericana en Santiago de Cuba

las cornetas y del característico ordenar de las pitadas de los contramaestres.

Poco después izó la capitana nueva señal, que decía así: «Salid según orden prevenido, y ¡viva España!»; y desde este momento tan solo se oyó en nuestros cruceros el ruido de las cadenas con que las anclas, abandonando el fondo, los dejaron en libertad.

El «Teresa», insignia del almirante, fué el primero en ponerse en movimiento, buscando entre las sinuosidades del canal la boca del puerto; momento de extremada emoción, en que todos, con la mayor ansiedad, esperábamos impacientes el primer cañonazo.

Detrás del buque insignia, y con el intervalo imprescindiblemente necesario, iban marchando los demás, en el orden prefijado. Al pasar frente a las fortificaciones de tierra, los vítores se sucedieron de una a otra parte, y en medio de estas aclamaciones el «Teresa» rompió

Vista del Monumento erigido en Cartagena a los héroes de Santiago de Cuba y Cavite.

gallardamente el fuego sobre el «Brooklyn», buque el más próximo de la línea enemiga, que la formaban aquel día, además de éste, el «Texas», el «Iowa», el «Oregon», el «Indian», el «New-York» y el «Glowcester», yate armado que se sostenía más próximo a tierra y a la altura del castillo del Morro.

La inesperada salida sorprendió a los norteamericanos, que tardaron algunos momentos en contestar al brusco ataque del «Teresa»; pero bien pronto se rehicieron, y toda aquella línea enemiga rompió el fuego sobre nuestro crucero.

En este momento apareció el «Vizcaya» en la boca del puerto, y simultáneamente el «Teresa» acometió al «Brooklyn», intentando la embestida, que éste esquivó girando sobre la banda y dando la otra, que disparó a nuestro barco. Esta primera y valiente arremetida que dió la capitana permitió al «Vizcaya» salir casi ileso de los primeros fuegos que se cruzaron. Pronto se generalizó la lucha. Las cubiertas de todos los barcos se llenaron de muertos y heridos; los clamores y los ayes de dolor de los que quedaban horriblemente mutilados, se unían a las bendiciones de la patria augusta con que algunos sellaban su último aliento. El valeroso comandante del buque, D. Víctor Concas, que desde el principio había permanecido fuera de la torre de combate, cayó herido gravemente, y desde este momento tomó el mando del «Teresa» el almirante en persona.

De las dos torres donde iban instaladas las piezas de grueso calibre, una se inutilizó y la otra tuvo que ser abandonada, porque el humo que la invadió imposibilitaba la estancia en ella.

En tan críticas circunstancias, casi consumidas las municiones de repuesto útiles que quedaban en las cubiertas, con la mayor parte de los sirvientes fuera de combate, la artillería desecha y la amenaza de una voladura inminente, reunió el almirante a los oficiales más próximos, y formulada la pregunta de si creían que el combate podía seguir en tales condiciones, y contestada que fué negativamente, se dirigió el barco sobre una playa próxima a Punta Cabrera, y sosteniendo el fuego hasta el último momento, embarrancó a las diez y quince minutos, próximamente, cuando el terrible incendio llegaba casi al puente de proa, dando escaso tiempo para el salvamento de los supervivientes.

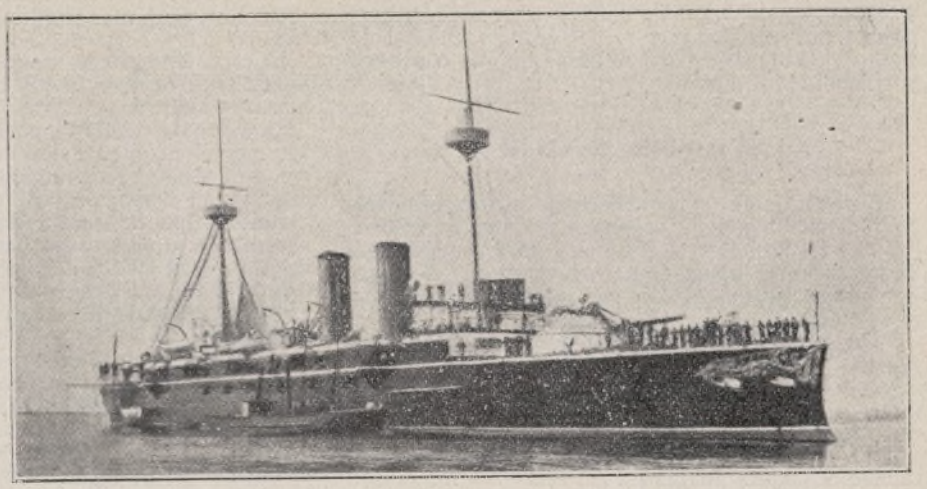
La bandera, que no se arrió, fué pasto de las llamas, que, al consumirla, privaron al enemigo de este que pudo ser su único trofeo.

El «Oquendo» fué el buque indudablemente más castigado en un principio, por ser el que vino a caer en medio de la escuadra enemiga cuando ésta, evolucionando para aproximarse, se encontraba en mejores condiciones para el ataque; ventaja que aprovechó cargando con preferencia sobre él.

Uno de los primeros proyectiles penetró en la torre de proa, matando a su comandante y cuantos con él se encontraban dentro. A proa del buque se declaró el incendio, que pudo ser dominado en un principio, no así

Ayuntamiento de Madrid

el que iniciado a popa se hizo imposible extinguir. Los primeros proyectiles enemigos inutilizaron los ascensores de municiones; la batería de cañones de 14 centímetros—uno de los cuales escupió el cierre, matando o hiriendo a los supervivientes—fué completamente arrasada, quedando un solo cañón útil, que, a falta de artilleros, disparaba en persona, después de herido, el comandante de aquélla, teniente de navío D. Enrique Marra, auxiliado del guardia marina D. Quirino Gutiérrez y del condestable Antonio Soriano, teniendo que acarrear ellos mismos las municiones de los repuestos que quedaban en cubierta.



El Crucero *María Teresa*, buque insignia de la Escuela de Santiago de Cuba.

La batería baja de tiro rápido sufrió igual suerte que su compañera, y el comandante de aquélla se vió en la precisión de comunicar al que lo era del buque que no podía continuar el fuego por falta de cañones y de gente.

El segundo de a bordo, capitán de fragata D. Víctor Sola, fué muerto en su puesto de combate; el tercero, teniente de navío de primera clase D. Joaquín Matos, entregó su alma a Dios en el puente de proa, después de haber sido herido gravemente y suplicar a cuantos acudieron en su auxilio «que le dejaran morir en su puesto»; un proyectil de grueso calibre penetró en la cámara central de torpedos y dejó toda la dotación fuera de combate, incluso el oficial encargado de este servicio, e igualmente fué destruída la situada en la extrema popa del barco.

En estas circunstancias, el resultado del combate sostenido por este crucero no era dudoso; sin embargo, nadie pensó en la rendición, y el buque, ya indefenso, continuó siendo blanco del enemigo, y únicamente cuando su heroico comandante, D. Juan Bautista Lazaga, vió al «Teresa» dirigirse a tierra, fué cuando dió las órdenes finales para ganar la costa, buscando en ella la pérdida de aquel buque con tanto denuedo y valor defendido.

Los pañoles de pólvora de proa fueron inundados, no así los de popa, que fué imposible hacerlo; se dispararon los torpedos, que podían constituir un arma contra el mismo buque en el momento de la varada, y aquel pabellón que cubrió con su augusta sombra la vida de tantos mártires, cayó envuelto en las llamas en el instante en que éstas alcanzaban la altura de las cofas.

El «Vizcaya», que en un principio pudo salir adelante gracias a la predilección que el enemigo mostró en los comienzos del combate por el «Teresa» y el «Oquendo», se encontró con la pérdida de estos dos buques frente a toda la escuadra americana, que desde este momento concentró sobre él su artillería.

Su escaso andar le hizo perder pronto la ventaja adquirida, y entonces empezó la lucha más desesperada que puede concebirse entre nuestro débil crucero y los cuatro potentes acorazados enemigos.

El «Brooklyn» y el «Oregon» por una banda; el «Iowa» por la popa y el «New-York» por la otra banda acosaron a nuestro buque, cuyas deficiencias en la artillería pusieron de manifiesto su escaso valor para el ataque. Cañones que se inutilizaron a los primeros disparos sumados a aquellos en que hubo que probar hasta siete y aun más cargas, crearon serias dificultades en la defensa, provocando rabiosa lentitud en el tiro; pero, sin embargo de estos gravísimos inconvenientes, el combate siguió siempre animado por el mejor espíritu de aquella dotación, que tan alto ejemplo de disciplina dió en este día.

A las 9,35 había recibido el «Vizcaya» el primer proyectil enemigo, y a las 11,50, sin cañones ya para contestar, intentó su bravo comandante, D. Antonio Eulate, herido gravemente en la cabeza y en la espalda, la acometida al «Brooklyn», que por ser el más próximo, era el que más mortificaba con su fuego persistente; embestida que fué esquivada por el buque norteamericano, que demostró así no aceptar otra arma en el duelo más que su artillería.

A las 12,15, y bajo un fuego nutridísimo del enemigo, quedaron embarrancados sobre la costa los restos del que fué «Vizcaya».

Con esta nueva pérdida, nuestro poderío naval quedó reducido al «Colón», cuyas fuertes corazas lo protegieron de los fuegos enemigos, que no pudieron hacer en él más que ligeras averías, causando en la dotación un muerto y 25 heridos.

Su mucho andar le permitió al poco tiempo salirse fuera del tiro del enemigo, batiéndose su dotación con el mismo denuedo y arrojo que las de los demás buques, y esta ventaja, que tal vez hubiera permitido la salvación del barco, resultó inútil porque la desgracia, que hasta el último momento no dejó de perseguirnos, hizo que la presión en las calderas—efecto, sin duda, del mal carbón que después del escogido empezó a quemarse—disminuyera rápidamente, perdiendo el andar, y viéndose alcanzado por el «Brooklyn», el «Oregon» y el "New-York", dejando ver claramente la necesidad de los cañones de gran calibre—que en él faltaban—para contestar al segundo de los referidos acorazados, que rompió el fuego con su gruesa artillería, en vista de esto, de acuerdo su comandante, D. Emilio Díaz Moréu, con el segundo jefe de la escuadra, general D. José Paredes, sin la intervención de jefes ni oficiales, por no creer conveniente distraer a ninguno de sus respectivos puestos, tanto por la pérdida de tiempo que esta operación implicaba, dada la disposición especial de las escotillas, como por no perder la ocasión de hacer fuego hasta el último momento, y con el fin de evitar llegase el de ser apresados, resolvieron embarrancar y perder

Ayuntamiento de Madrid

el buque y no sacrificar estérilmente las vidas de los que se habían batido con tanto heroísmo, serenidad y disciplina, y así, se hizo rumbo al río Tarquino, en cuya playa quedó el último pedazo de la patria que constituyó la escuadra de Cervera.

El combate de Cavite.

En previsión de un próximo rompimiento con España, se había reunido, a principios del año de 1898, en los mares orientales de Asia una poderosa escuadra norteamericana, mandada por el comodoro Dewey, y destinada a dar un golpe de mano contra el archipiélago filipino.

Formaban esta escuadra el «Olimpia», el «Baltimore», el «Charleston», el «Boston», el «Raleigh», el «Petrel», el «Concord», el «Monadnock», el «Monterrey», el »Monocacy», el «Brutus Nero», y el «Mister Culloch», unidades todas de gran valor, que fueron reforzadas posteriormente por los vapores «Zafiro» y «Namshan», en calidad de buques auxiliares.

A partir de la voladura del «Maine» y de la insidiosa versión que se dió de aquel accidente, la guerra se juzgó en todo el mundo inevitable. Sólo el Gobierno español, dando pruebas de su optimismo candoroso, decía en 5 de Marzo que eran muy cordiales nuestras relaciones con los Estados Unidos, y el 7 de abril que no parecía inmediato el rompimiento.

Entre tanto, los buques enemigos, concentrados en la bahía de Hong-Kong, recibieron orden de aprovisionarse de carbón y estar dispuestos al primer aviso. El 24 de Abril se les dió orden de zarpar, yel 27 salieron con dirección a Manila, llevando como práctico al cónsul norteamericano en aquella plaza, gran conocedor del puerto y no menos del lamentable estado de sus defensas y de la verdadera situación de nuestras modestísimas fuerzas navales.

Componían la escuadra española los cruceros «Isla de Luzón», «Isla de Cuba», «Reina Cristina», «Castilla», «Don Antonio Ulloa», «Don Juan de Austria» y «Velasco», y los avisos «General Lezo» y «Marqués del Duero».

Los dos primeros tenían cubierta protectora de 62 milímetros de espesor; los demás, todos de hierro, a excepción del «Castilla», que era de madera, carecían de protección, y su verdadera utilidad consistía en vigilar la costa, para impedir las incursiones de los piratas malayos. Además el «Velasco» y el "Lezo" estaban en reparaciones, y el "Castilla" apenas si podía navegar.

Para establecer la necesaria comparación entre ambas escuadras, conviene recordar las siguientes características:

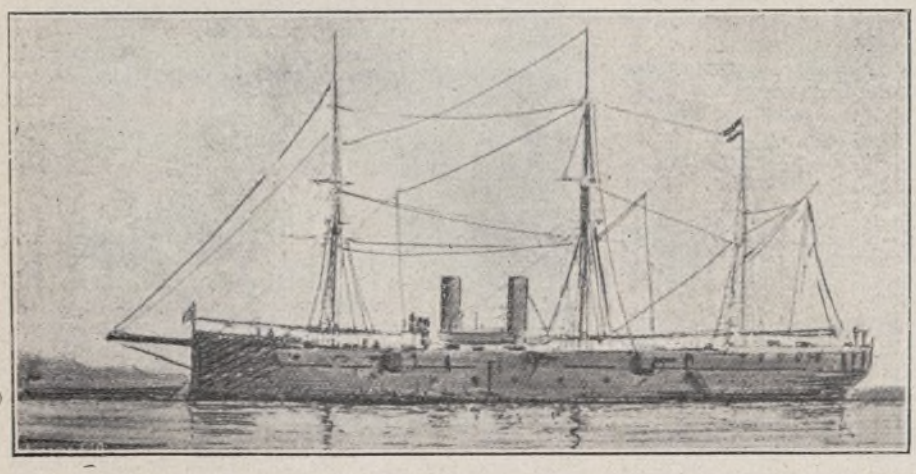
La escuadra norteamericana contaba con 19.362 toneladas, 33 cañones de 15 a 20 centímetros, 74 de calibres menores, todos de tiro rápido y 26 ametralladoras.

La española, 12.029 toneladas, siete cañones de 15 a 16 centímetros, uno de ellos de antecarga, 77 de calibres menores, y nueve ametralladoras. Las 41 piezas de tiro rápido eran de muy pequeño calibre.

Ante la inferioridad manifiesta de nuestra escuadra, el almirante Montojo, para batirse en condiciones menos desfavorables, hizo el 27 rumbo a Subic para buscar la protección de una batería de costa que se estaba construyendo en la isla que cierra la entrada de la bahía de su nombre.

Las obras estaban todavía muy atrasadas; no había cañones ni torpedos para cerrar la boca occidental de la bahía: la oriental se había obstruído con cascos viejos. Y como de atacar la escuadra norteamericana era inevitable la pérdida de los barcos y sus tripulaciones, al saber el día 28 que la flota enemiga había salido de Hong-Kong, reunió el almirante Montojo junta de capitanes en la que quedó acordado regresar a Manila y tomar posiciones en la ensenada de Cañacao, junto a Cavite, procurando elegir la menor profundidad posible. El 29, y remolcando al "Castilla", que hacía aguas en tales proporciones que se le habían apagado las calderas, regresó la escuadra a Manila, y el 30 fondeaba en la línea que cruza de Este a Oeste la boca de dicha ensenada, apoyando el flanco izquierdo en la batería de Punta Sangley, armada con cañones de 15 centímetros.

Aquella tarde se supo que la escuadra norteamericana hacía rumbo a Manila, y a media noche algunos disparos de las improvisadas baterías de las entradas de la bahía anunciaron el paso de los barcos enemigos por la boca grande, hecho que se efectuó sin más consecuencias que el cruzar unos tiros entre las baterías del Corregidor y los barcos contrarios. La escuadra norteamericana avanzó en línea de fila, llevando el "Olimpia" en cabeza, y, después de cruzar con precaución la extensa bahía, llegó a la mitad de la distancia entre Cavite y Manila y se situó en línea paralela a la nuestra. Rompió el fuego la batería de Punta Sangley, secundada por varias de Manila; pero hubo que suspenderlo en vista de que los norteamericanos se hallaban fuera del alcance de nuestros cañones. Entonces disparó la escuadra española. El enemigo contestó con violencia. A las 5,45 minutos el combate era general, y desde el primer momento se demostró la enorme ventaja de los norteamericanos por la rapidez y superioridad de su fuego sobre nuestros barcos, que, además de la inferioridad de su artillería, se veían privados de entrar en acción por la inmovilidad del "Castilla".



Buque insignia de la escuadra de Cavite.

Estaban nuestros barcos cubiertos de proyectiles, y apenas habían sufrido daño los enemigos. Una granada que cayó a bordo del "Reina Cristina" hirió a todos los sirvientes de los cañones de tiro rápido; otra derribó la insignia; otra entró en el hospital de

Ayuntamiento de Madrid

sangre, causando horribles estragos entre los infelices que allí se hallaban; otra perforó la cámara de calderas y el pañol de las municiones, provocando un violento incendio y la explosión de la caja de cartuchos; y viendo el barco acribillado, ardiendo y sin gobierno, el almirante, con su Estado Mayor y con el resto de la tripulación del "Reina Cristina", se trasladó al "Isla de Cuba".

En aquel momento el "Isla de Luzón" tenía tres cañones desmontados. El "Marqués del Duero" y el "Don Juan de Austria" sufrían importantes averías; el "Ulloa" alcanzado debajo de la línea de flotación, se hundía en el mar después de haber perdido la mitad de su gente.

El "Castilla", hundido por los disparos norteamericanos, había perdido a su valeroso comandante D. Luis Cadarso, destrozado por una granada, mientras, dando muestras de serenidad extraordinaria, dirigía el salvamento de la tripulación.

A las 7,30 minutos la escuadra española estaba virtualmente deshecha; pero con gran sorpresa de todos, los norteamericanos suspendieron el fuego y se alejaron para almorzar e intercambiar municiones, ya que algunas unidades habían agotado las suyas.

A las 11 volvió la escuadra enemiga sobre Cavite y reanudó el fuego sobre los débiles barcos que aún se mantenían a flote, y muy poco después ardía toda la escuadra de Montojo, las tripulaciones abandonaron los cascos inservibles y el arsenal izó bandera blanca.

El almirante Dewey dispuso que el "Petrel", que tenía la misión de terminar la destrucción de los barcos españoles, cesase su fuego.

Las bajas norteamericanas fueron de dos oficiales y cinco marineros heridos.

Al día siguiente fué desalojada la plaza de Cavite por su guarnición, y los norteamericanos abandonaron la ciudad a la rapacidad de los indígenas, que lo saquearon todo, hasta los hospitales.

LA CANCION DEL VINO

(FACETA)

Yo soy la sangre, la sangre de la tierra. Arde en mí el fuego que da vida; presto el calor que sostiene la existencia. Yo despierto las dormidas energías, hago vibrar el cerebro en reposo. Yo doy fuerza al débil y fortalezco al abatido.

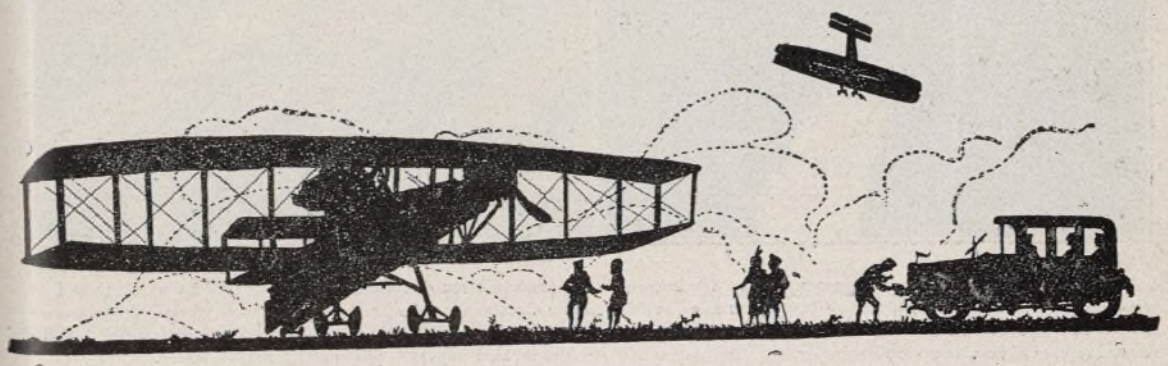
Sobre la tierra oscura, por entre las hierbas que se secan apenas nacidas y no saben extraer del suelo los generosos jugos, esparzo yo las esmeraldinas hojas, y son mis verdes pámpanos emblema de la alegría, encanto de los ojos.

Cuando el hombre está cansado por una labor contínua, cuando sus fuerzas se hallan casi extintas, basta que acuda a mí para que recobre todo el vigor que le falta; basta que penetre yo en la corriente de su sangre para hacerla más impetuosa, para infundir alientos a los músculos, vibración a los nervios, actividad al pensamiento. Si el pan es necesario al obrero, no le hace el vino menos falta. Uno y otro son fuente de energía y es la que de mí emana mucho más eficaz y pronta.

No hay fiesta si yo no aparezco en ella. Los hombres aburridos, las mujeres desengañadas adquieren a mi contacto animación, ilusiones que ya no podía fingir su agotada fantasía, que no acertaban a darles sus nervios laxos. Yo suprimo la hipocresía y la mentira; cuando yo penetro en un organismo, hago que aparezca por entero con sus buenas o malas cualidades, con sus defectos y vicios. Nadie resiste mi poder. Confiesa el criminal su culpa, exalta el apasionado sus sentimientos o sus sensaciones, crece el altruísmo en el generoso, se aprietan más las garras del avaro.

Ya chispee en la tallada ancha copa, ya enrojezca el jarro humilde, así bebido por bocas aristocráticas como sorbido por otras sedientas y famélicas, siempre produzco igual efecto.

El sol que absorbieron mis pámpanos, centellea en los cerebros; el calor que robé a la Tierra, templa los cuerpos; la esencia misma de la materia que en mí llevo diluída, anima el pensamiento, vigoriza el músculo, y esparce por doquier vida y alegría,—la alegría, que es salud y fuerza.



Ayuntamiento de Madrid

De los dominios del aire.

PROBLEMAS DE LA AVIACION

El paracaídas.--Muerte de Maneyrol

El paracaídas en la navegación aérea es como la boya de salvamento en la navegación marítima.

AUNQUE EL PARACAIDAS TIENE NUMEROSOS DETRACTORES, PARECE QUE PRONTO HA DE TENER, MERCED A LOS CONSTANTES TRABAJOS DE LOS INVENTORES, UN EMPLEO HABITUAL.

Sin duda alguna se han visto modelos de paracaídas que no han llegado a probarse y otros, que han acabado de una manera trágica, exponiendo la vida de los que los han utilizado, pero ésto no prueba nada contra el principio que los establece.

Todo lo más que se puede decir es que el aparato es incompleto o con imperfecciones.

Un paracaídas, como se sabe, está esencialmente constituído por un casquete esférico de tela, con cuerdas de suspensión que se sujetan a la cintura del aeronauta o del aviador.

Recogido y plegado el paracaídas no ocupa más que un pequeño espacio, y tiene la forma de un saco como el del alpinista lleno de provisiones. Este saco va generalmente colocado en la espalda del aeronáuta, si se trata de un globo, o en el *fuselage* del avión, si se trata de un piloto aviador.

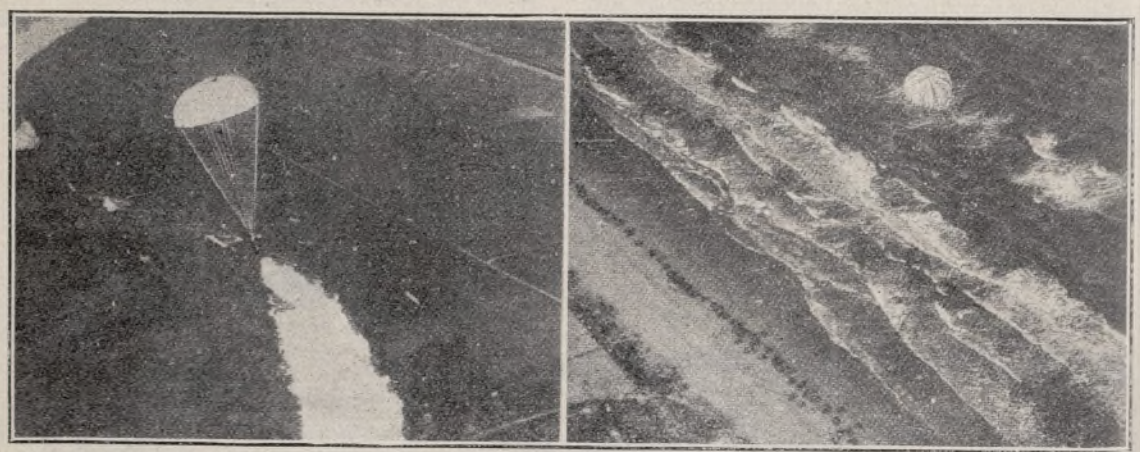
En el pliegue y enrollamiento del paracaídas está el punto difícil de su funcionamiento, porque de esto depende que con facilidad se abra y se desplace en el momento del descenso; si está mal plegado, las cuerdas se enredarán alrededor de la tela, con riesgo de no desenvolverse, y peligra, entonces, la vida del aviador.

El plegado de estos aparatos se verifica de una manera variable, según los modelos. Generalmente se hace enrollando la tela o casquete esférico, sobre el suelo, empezando por los bordes, con las cuerdas al interior al mismo tiempo que la tela.

En cuanto al despliegue o desplazamiento del aparato, está generalmente ayudado por un cordel que se fija en la parte alta del casquete y ligado a la carlinga del avión.

En el momento del lanzamiento, queda un instante el paracaídas suspendido al avión por este cordel, mientras que el peso del piloto le hace romper, desplegándose en toda su longitud e hinchándose instantáneamente.

Durante la guerra última los pilotos de globos de observación, eran dotados de paracaídas. Casi todos hicieron numerosos descensos, debiendo al paracaídas tener su vida en salvo. En cuanto a los aviadores hacia el fin de la guerra, adoptaron un modelo de paracaídas ligero y poco emba-



El uso del paracaídas ha venido a ser de uso tan frecuente en la armada aérea de los Estados Unidos, que ha adoptado un tipo especial de estas máquinas. Nuestro grabado muestra un aviador militar ejecutando un descenso perfecto. En el segundo grabado aparece el nuevo paracaídas que acaba de ser ensayado en Ormand Bead (Florida) en la emocionante experiencia, en la cual el aparato en vez de caer al mar, como estaba preparado, para aminorar el riesgo, ha sido empujado por el aire a tierra adentro.

Ayuntamiento de Madrid

razoso, que salvó numerosas vidas humanas.

El mayor inconveniente del paracaídas es, evidentemente el miedo legítimo, del que es obligado a precipitarse en el vacío, confiándose a este débil aparato.

Conviene anotar que, a veces, este miedo disminuye ante la inminencia de otro peligro mayor o más terrible, que lo atestigua el trágico ejemplo de los pilotos que se precipitaron en el vacío sin

gunas bellas damas, tales como por miss Cody, la nieta del famoso Buffalo Bill.

*
* *

El uso del paracaídas ha venido a ser cosa tan corriente en la armada aérea de los Estados Unidos, que ha adoptado un tipo especial de estos aparatos. Nuestro grabado muestra un aviador militar ejecutando un descenso por encima del campo de aviación de Dayton (Ohío). Se vé que

Las exequias de un caballero del aire.—La adjunta fotografía nos muestra el emocionante momento de colocar el féretro que contenía los restos del aviador Maneyrol en el avión que los transportó desde Limne (Inglaterra) a Bourget (Francia).

paracaídas, para escapar de las llamas que devoraban al avión.

Tales ejemplos no fueron raras excepciones; fueron por el contrario, relativamente numerosos en los anales de la guerra aérea.

Después del armisticio, son los americanos los que han perseguido más los ensayos de los paracaídas. Se puede decir, que en los Estados Unidos el paracaídas forma ya parte del equipo de los aviones, sirviéndose diariamente de él como práctica de ensayos.

En todos los países se ha extendido de tal modo este aparato se usa ya como deporte por al-

este aparato se ha desplegado perfectamente y se observa, por los detalles, que los paracaídas, que son la boya de salvamento de la navegación aérea, han logrado un grado máximo de perfeccionamiento.

*
* *

También fué ensayado un nuevo paracaídas, en Ormand Beach, en Florida. La experiencia fué preparada para que el aparato y el experimentador cayeran al mar, pero el viento le empujó a tierra. La fotografía, que ha sido tomada a 1000 metros de altura, es de interés y de emoción; en

Ayuntamiento de Madrid

ella se ven las líneas de autos colocados a todo lo largo del mar, y el paracaídas que está todavía en el aire, sin tocar en tierra.

Las exequias del aviador Maneyrol.

Por la prensa mundial se ha sabido la caída mortal del aviador francés Maneyrol, cuyo aparato se estrelló desde una altura de cincuenta metros del suelo, en el aeródromo de Limne (Inglaterra. Si en el momento de sentirse perdido deseó no ser abandonado en tierra extranjera, su voto ha sido cumplido.

Después de las exequias fúnebres en la iglesia católica de Hythe, el cuerpo fué colocado en un avión pilotado por el francés Delisle, conduciéndose el cadáver por la vía aérea a Bourget. Pocos instantes después llegó un avión de servicio postal cargado de flores enviadas por el duque de Sutherland, por Samuel Hair, Ministro de Aviación, el comandante Sablé, el Real Areo-Club inglés y por todo el personal del aeródromo de Lymne.

Poincaré, el ministro de la Guerra, y el subsecretario del Estado de la Aeronáutica habían enviado representantes para honrar la memoria del valiente aviador, a quien le fueron rendidos honores por el 34º Regimiento de Aviación, en presencia de la familia y de algunos íntimos.

El féretro, cubierto con la bandera tricolor, fué transportado a la Capilla de Val-de-Grace. Después, de la ceremonia religiosa, fué conducido a Frossay, pequeña aldea del Loira inferior, pueblo natal de Maneyrol, en donde fué inhumado.

Es la primera conducción aérea qne se hace del cadaver de un aviador. Con las exequias de Maneyrol, se inicia una costumbre emocionante, desde el momento en que los *caballeros del aire* tendrán el consuelo de saber que, aunque mueran en territorio extranjero víctimas de accidentes, sus cuerpos serán transportados en avión para que descanse en el solar patrio.

Bien merecen esta distinción los intrépidos caballeros que en constante peligro trabajan incansables por la conquista del aire abriendo nuevos horizontes a una futura civilización.

IMPORTANTE

ARMAS Y LETRAS para corresponder al favor de sus lectores, ha montado sus propios talleres, donde desde este número se empieza a tirar la revista.

Las dificultades de instalación nos obligan a reunir en un sólo número las informaciones del corriente mes.

Esperamos que nuestros suscriptores sabrán perdonar esta variación teniendo en cuenta que ello ha de redundar en beneficio de la revista que, en lo sucesivo, contando ya con elementos propios, aparecerá regularmente los días 15 y último de cada mes. Asímismo iniciaremos importantes reformas que seguramente han de ser del agrado de nuestro público.

Ayuntamiento de Madrid

De la ciencia moderna

Nuevo procedimiento para descubrir : : la presencia de un submarino : :

Hasta ahora, casi todos los métodos usados para descubrir la presencia de un submarino que, sumergido no se deja ver, se basaron en fenómenos acústicos. Sirviéndose de micrófonos especialmente dispuestos, el ruído del submarino se percibe y acusa el lugar en que se halla.

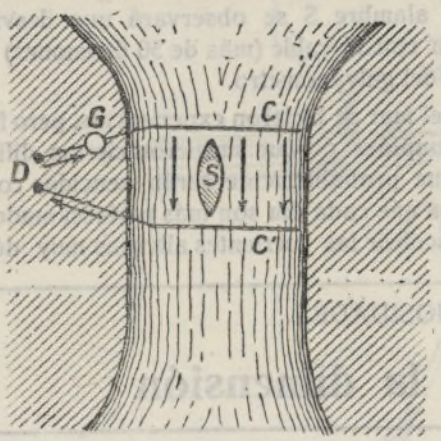


Fig. 1.ª—Disposición de los cables y del galvanómetro para descubrir el paso de un submarino en la entrada de un puerto.

Pero se estudia un método nuevo que se funda en la diferencia de conductibilidad eléctrica entre el submarino y el agua del mar.

Presentaremos el caso en que más directamente se puede aplicar el sistema: la entrada en un puerto o el paso por un estrecho cualquiera.

Se colocan dos cables conductores C y C' desnudos, o seo sin revestir con ninguna materia aisladora, atravesando el canal, aproximadamente paralelos y a una distancia entre sí, poco más o menos la longitud media de un submarino (figuras una y dos). Cada cable tiene uno de sus extremos libres, y el otro unido a uno de los polos de un generador de corriente D. El circuíto entre C y C' está cerrado por el agua del mar. Un galvanómetro G indica la intensidad de la corriente.

Si un snbmarino franquea el paso cuando se encuentre entre C y C', la resistencia del mar entre los dos cables disminuye y la intensidad de la corriente eléctrica aumenta la desviación de la aguja del galvanómetro que es casi constante. Para esto es necesario cohonestar los efectos de la polarización, consiguiéndose, empleando como generador un alternador en vez de una dinamo de corriente continua.

La intensidad de la corriente resultaría considerable y será difícil que el galvanómetro G la soporte; sin embargo, es susceptible de indicar variaciones débiles de intensidad de corriente. Para vencer la dificultad, basta disponer un puente de Wheastone (fig. 3), en el que la resistencia C C' forma una de sus ramas; las resistencias R_1 R_2 de las otras dos ramas son fijas y se regula la resistencia de la cuarta rama para equilibrar el puente y conducir al cero la aguja de un galvanómetro muy sensible G intercalado sobre la diagonal M N.

Si un submarino S pasa entre C y C', la resistencia del mar entre C y C' se modifica; el equilibrio del puente queda alterado y la aguja del galvanómetro se desvía enseguida.

Pero no se conoce galvanómetro muy sensible para corrientes alternas. Esto se remedia intercalando en la diagonal M N del puente, un detector de galena D, el cual no deja pasar las corrientes más que en un sentido, y puede entonces utilizarse un galvanómetro cualquiera sensible para corriente continua de período un poco largo.

Las primeras experiencias se han realizado en un depósito bastante pequeño. Se llenó hasta unos dos metros de agua de la misma composición que la del mar, imergiendodos cables de cobre

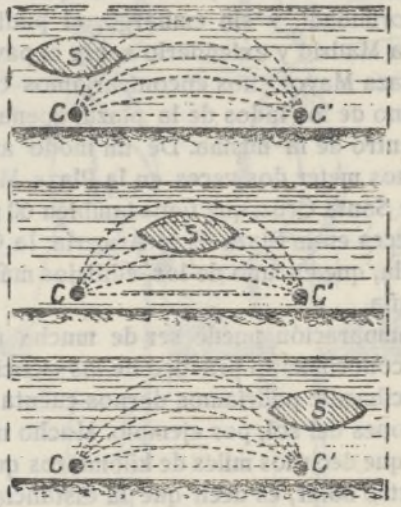


Fig. 3.ª—*Corte longitudinal del baño de experiencia.*— La corriente que pasa del cable C al cable C' a través del agua del mar, experimenta una resistencia menos grande cuando el hilo de hierro S se encuentra entre los dos cables.

Ayuntamiento de Madrid

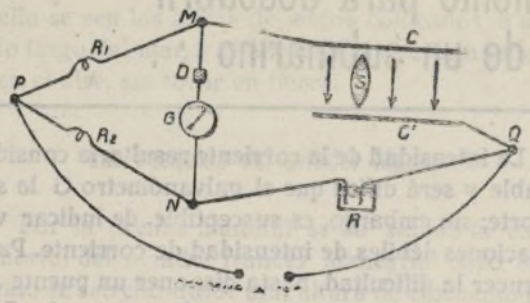


Fig. 2.ª—*Sector alternativo.*—Dispositivo para proteger el galvanómetro.

C y C' (figura 2) paralelos y como a un metro de distancia uno de otro; un hilo de hierro de un milímetro de diámelro y 30 centímetros de largo, que se introducía en el agua a voluntad, representaba al submarino. Otras dos ramas del puente las constituían resistencias fijas R_1 y R_2 (fig. 3); la rama cuarta estaba formaba por un reostato de líquido R. Los dos extremos P y Q de una de las diagonales iban unidas a los dos polos del sector (corriente alterna de 42 períodos).

La intensidad de la corriente en la rama P M Q alcanza 4 amperios; sobre la otra diagonal M N se encuentra un detector de galeno D y un galvanómetro G formando miliamperómetro. Regulando convenientemente la resistencia R, se equilibra el puente y se hace ir la aguja del miliamperómetro al cero, en donde queda inmúvil poco después.

Si entonces se introduce en el agua del depósito, el alambre S se observará una desviación brusca considerable (más de 50 divisiones) de la aguja del galvanómetro.

En el mar se hicieron experiencias, pero fueron interrunpidas porque surgieron ciertas dificultades, que probablemente serán vencidas con los medios que cada día son más perfeccionados para descubrir las corrientes alternas muy débiles.

DEL CAPITULO DE CURIOSIDADES

Las comparaciones y la dimensión

Es un fenómeno singular que mientras los objetos largos se nos figuran siempre más cortos de lo que realmente son, los objetos altos aparecen siempre a nuestros ojos con más altura de la que tienen en realidad. Tomemos como ejemplo uno de los más hermosos monumentos de España, el de Colón, en Barcelona; mide 60 metros de altura; ¡una enormidadl, y sin embargo, si pudiéramos traerlo a Madrid y extenderlo sobre el pavimento de la Plaza Mayor, nos encontraríamos con que, desde uno de los lados de la plaza, apenas llegaba al centro de la misma. De un modo análogo, podríamos meter dos veces en la Plaza Mayor la torre de Santa Cruz, que tiene también 60 metros, y dos veces en la Plaza de la Armería la Giralda de Sevilla, que es uno de los edificios más altos de España.

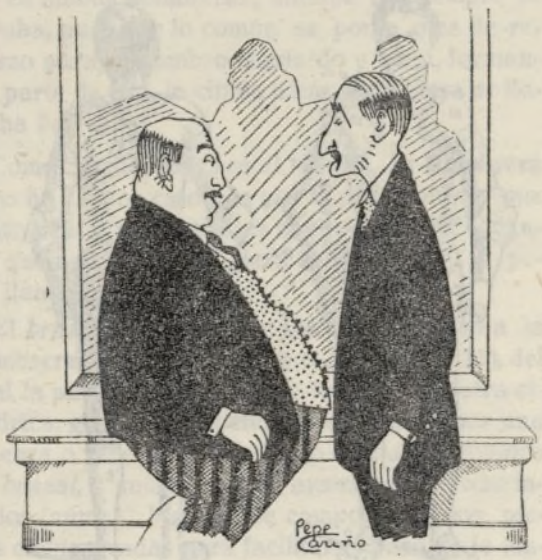
La comparación puede ser de mucha utilidad para el conocimiento práctico de las ciencias. Sin ella, difícilmente podríamos darnos cuenta de las dimensiones del sol, por ejemplo. Mucho más expresivo que decir los miles de kilómetros que mide el diámetro solar, es decir que la distancia entre la tierra y la luna viene a ser como una cuarta parte de dicho diámetro. Esto quiere decir que. si se pusiera la tierra en el centro del sol, y la luna también dentro del sol y a igual distancia de la tierra que está en el espacio, nuestro satélite se quedaría a mitad del camino para llegar a la periferia del sol. Dicho de otro modo: si se colocase el sol de manera que su centro coincidiese con el centro de la tierra, su masa se extendería hasta doble distancia, por cada lado, de la que nos separa de la luna.

Sabemos que de la tierra al sol hay una distancia de 149.300.000 kilómetros, próximamente; pero, ¿cómo apreciar esta longitud, si en nuestro planeta no hay espacio para medirla? Una comparación nos permite darnos cuenta de ella. Si de la tierra al sol hubiese una vía férrea, un tren que saliese del planeta uno de estos días, viajando con una velocidad de 50 kilómetros por hora, no llegaría al sol harta el año 2254, es decir, que emplearía en el viaje 347 años. Figurémonos que en vez del tren fuese una máquina voladora, que surcase el espacio a 360 metros por segundo; en llegar al sol tardaría trece años y tres meses, y si al llegar, los aeronautas disparaban un cañonazo, y éste se oía desde la tierra, tardaríamos seis meses en percibir el estampido.

Ayuntamiento de Madrid

MONOS POR PEPE CARIÑO

—Yo dejo estas tareas por la pesca. Allí tiene uno más campo.
—¿En el mar más campo que aquí?



—Creame Vd. que no estoy conforme con la sabiduría que otorgan a nuestra madre Naturaleza, porque si en invierno hiciese el calor que sufrimos en el verano y en esta estación el frío que soportamos en invierno ¿no le parece a Vd. que habría cierta compensación?

—¿Qué te ha sucedido que vienes tan sucio?
—Acabo de aguarrizar violentamente.

Ayuntamiento de Madrid

CURIOSIDADES DE LA ANTIGUA ARMERIA

LOS NOMBRES DE LAS PIEZAS DE LA ARMADURA

Muy común es en la actualidad ignorar, o, por lo menos, interpretar mal los nombres de las diversas piezas que componían la armadura defensiva usada por la gente de guerra en los pasados tiempos; errores e ignorancia disculpables en quien no se ha dedicado a este género de estudios, máxime si se tiene en cuenta que al acudir a los Diccionarios modernos de nuestra lengua, o se omiten, o están mal interpretadas las voces con que aquellas deben designarse.

La variedad de piezas que componían un *arnés* era muy numerosa, pues este comprendía, además de las usadas en la guerra o de *seguir*, que así se llamaban, las de *dobladura, refuerzo* o *encambronado* para justas, torneos y guerra, y dentro de unas y otras infinitas diferencias. Por ahora nos limitaremos a describir, con ayuda del adjunto dibujo, las piezas de guerra sin dobladura, de un caballero, procurando conservar la nomenclatura con que eran conocidas en la época en que la armadura llegó a su apogeo en punto a elegancia y riqueza, o sea en la primera mitad del siglo XVI, época de la cual se conservan también más datos precisos.

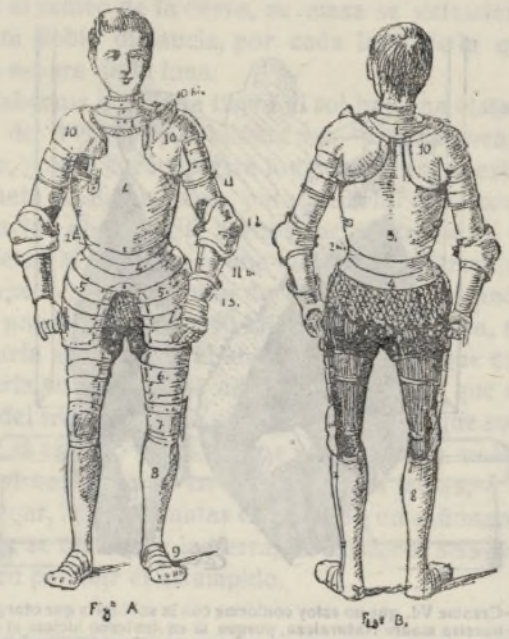
La nomenclatura poco varió durante cuatro siglos; no así la forma que, ya por los caprichos de la moda, ya por las mejoras que la práctica aconsejaba, tuvo necesariamente que cambiar algo, hasta que el progreso creciente de las armas de fuego hizo desechar a fines del siglo XVII, por inútiles, tan embarazosas defensas, que sólo podían tener razón de ser contra las armas blancas, de asta y arrojadizas: buena prueba de ello es que ya en la batalla de Pavia la flor de los caballeros franceses cayó bajo el fuego de la arcabucería española, superior a la enemiga.

El arnés o *aderezo* completo del hombre de armas en España data del siglo XIV, y es opinión generalmente admitida, que su introducción se debe a las bandas auxiliares frandesas que, con Beltrán Claquin o Duguesclin, vinieron en ayuda del bastardo D. Enrique de Trastamara contra D. Pedro I de Castilla.

Muchas de las piezas ya se usaban en nuestra patria; pero no habían llegado hasta entonces a formar el conjunto que cubría de hierro de pies a cabeza al guerrero, tal como van las figuras *A B* que aquí presentamos.

Núm. 1, es la *gola* o *gorjal*. Esta pieza, que era articulada, se ponía debajo del *peto* y del *espaldar*, y en ella se apoyaban las correas que unían estas dos piezas y se ataban las que sostenían los *guardabrazos*.

Núm. 2, *Peto* o *coraza*. Esta segunda denominación es la más moderna, pues la primitiva fué la de *fojas* o *platas* al conjunto de peto y espaldar. Posteriormente, se llamaba algunas veces *coroza;* pero casi siempre para designar un peto ligero cubierto de tela. La que aquí presentamos es de las llamadas *tranzadas*, y debe su nombre a la pieza inferior denominada *trance* (núm. 2 bis), que es una independiente del peto, aunque unida a él y sirve para dar flexibilidad al torso. Del mismo género es el *espaldar* (núm. 3), de cuyo trance pende el *volante* o *falda* (núm. 4). Del volante del peto (núm. 4 bis) cuelgan las *escarcelas* (núm. 5), compuestas de láminas o *launas* articuladas que podían unirse al *medio quijote* (núm 6), formando en tal caso *quijote entero*. La rodilla iba defendida por la *rodillera* o *navaja de quijote*. en la figura *B* se ve la parte lateral de esta pieza, llamada por su forma *abanico*. El núm. 8 es la *greba entera*, pieza que defiende por completo la pantorrilla. Cuando sólo cubría la parte externa se llamaba *media areba*, y cuando el borde de la tibia o es-



Aspecto anterior y posterior de la armadura..—Los números indican la posición de las piezas distintas cuyo empleo se detalla en el texto.

Ayuntamiento de Madrid

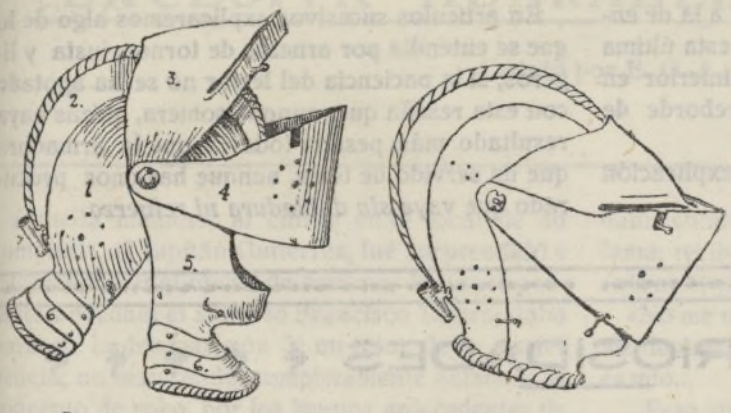


Fig.ª C. Fig.ª D.

El casco se descompone en piezas cuyo temple y perfecto ajuste requieren el trabajo de los más hábiles artífices.

pinilla, *esquinela* o *espinillera;* peroesta pieza se usaba sólo al ir armado a la ligera. A la *greba entera* se unía el *escarpe* o zapato (núm. 9), que solía ser de launas de hierro en el empeine, o de malla con una punta de acero: el talón lo forma la continuación de la *greba.* En España nunca llegaron a tener las puntas de los zapatos las exageradas proporciones que en Alemania y Francia durante los siglos XIV y XV, y la forma más común fué la aquí representada, llamada de *pico de pato.*—El núm. 10 representa la *hombrera* o *guardabrazo* que, como su nombre indica defiende el hombro. El número 10 bis, es la *aleta,* pieza que era algunas veces de quita y pon, otras iba en ambas hombreras, aunque no siempre se llevaba, pues por lo común se ponía otra de refuerzo para el hombro izquierdo y tenía, formando parte de ella, la citada *aleta.* Esta pieza se llamaba *bufeta.*

Como puede verse en el dibujo, la hombrera derecha es más escotada por la parte inferior que la izquierda, para facilitar el enristrado de la lanza, que apoyaba en la pieza saliente unida al peto, llamada *ristre.*

El *brazal* lo constituían las piezas unidas a la hombrera, que son el *cañón* o *cubo* (núm. 11), del cual la parte superior era de launas y la otra cilíndrica, giratoria y sostenida en aquélla por una muesca o reborde. Sigue luego el *codal* o *abanico de brazal,* y unido a éste el *avambrazo* o *cubo* inferior (núm. 11 bis) que se componía de dos piezas embisagradas para facilitar el paso de la mano al vestirse la armadura.

Encerrando la mano como un guante, pues tal era en realidad, viene luego la *manopla* o *mandilete* (núm. 13). La voz guantelete ha sido usada más modernamente, traducida del francés *gante let.* La parte superior, que montaba en el *avambrazo,* se llamaba *copa,* y *artejos* las chapitas que defendían los dedos. Para facilitar los movimientos de éstos, algunas veces eran los dediles de malla, otras de ésta solamente el dedo índice, como en casi todas las del emperador Carlos V.

En el dibujo se ha omitido deliberadamente otra pieza, comúnmente de hierro, aunque se usaban también de malla, que completaba la armadura en la intersección de las dos escarcelas. Nos referimos a la pieza llamada *bragueta de armar,* que también solía nombrarse de un modo excesivamente gráfico. El *Diccionario de Autoridades* le da el culto nombre de *martingala;* pero en esta acepción no aparece en inventarios ni relaciones antiguas.

Tales son las piezas que constituían más comúnmente un arnés de guerra; pero volvemos a repetir que en esto había tal número de variantes, que su explicación llenaría un libro.

Fáltanos aún describir el *arnés de cabeza* o *casco,* como ahora decimos, torrespondiente a la armadura que hemos reseñado, y como ésta, también admitía muchas formas distintas en las piezas que lo componían, aunque aquí presentaremos el tipo más general, o sea la *celada borgoñona* engolada, colocada abierta para la mejor inteligencia de su composición en la figura C.

El núm. 1 es la parte defensiva del cráneo y se llama *calva*: en la parte superior y forjado en la misma *calva,* está la *cima* o *crestón* (núm. 2). Viene luego la *vista* (núm. 3) o visera, con dos ranuras que corresponden a la altura de los ojos. La *vista* encaja en el *ventalle* (núm. 4), el cual tiene varios agujeritos para facilitar el paso del aire, como la *calva* los tiene lateralmente comunicando con el oído. El núm. 5 es el *barbote,* el cual, como la *calva* por detrás, termina en la *gola* o *falda* (número 6). Todas estas piezas giran sobre sus respectivos ejes, colocados lateralmente. Como es natural, una vez puesta la celada en la cabeza, el *barbote* se une por los costados a la *calva* y sólo tienen movimiento la *vista,* el *ventalle,* que pueden subirse para dejar la cara descubierta. En la parte posterior de la *calva* se colocaba, bien un escudete, bien un casquillo cilíndrico, llamado *asiento de penacho,* que, como su nombre indica, servía para sujetar las plumas de éste o *airón.*

Ayuntamiento de Madrid

La diferencia de la *celada engolada*, a la de *engole* o *encaje* (fig. *D*), consistía en que esta última no lleva falda y termina por la parte inferior en una media caña, en la que entraba el reborde de la gola de la armadura.

Y con esto demos por terminada la explicación de la armadura o arnés de guerra.

En artículos sucesivos explicaremos algo de lo que se entendia por arneses de torneo, justa y ligeros, si la paciencia del lector no se ha agotado con esta reseña que, aunque somera, quizás haya resultado más pesada todavia que la armadura que ha servido de tema, aunque hayamos procurado que vaya *sin dobladura ni refuerzo*.

CURIOSIDADES

Pasando el rey Fernando el Católico por junto a un montón de tierra que había cerca de Córdoba, preguntó:

—¿Para qué se trajo aquí tanta tierra?

—Señor, le contestaron, en tiempo del gran Almanzor, Córdoba era cabeza de la morisma, por lo cual todos los demás Estados vecinos debían traer aquí, todos los años, una espuerta de tierra, en señal de vasallaje.

—¿Cuántas espuertas de tierra crees tú que habrá aquí? preguntó el rey a Pedro de Ayala.

—Según, señor. Si hace V. M. una espuerta donde quepa la mitad, habrá necesariamente dos; si cabe toda, una.

***

Un oficial de alta graduación, muy envidioso, quería ocultar sus innobles sentimientos con la capa de la adulación. Dirigiéndose un día a un general que acababa de alcanzar una distinguida victoria, le preguntó con mucha falsedad, después de haberle felicitado.

—¿Qué dirán ahora los envidiosos de la gloria de usted?

—No sé, contestó el general; precisamente iba a preguntar a usted su opinión.

***

Un príncipe jóven, algo simple, salió un día a cazar; sintió frío, y dijo a su ayo:

—Dame mi capa.

—¡Príncipe mío! los hombres de vuestro nacimiento no deben hablar nunca como los de rango inferior; por el contrario, cuando hablan de sí mismos lo hacen siempre en plural: por consiguiente debísteis decir: «Dadnos nuestra capa».

Algunos días después sintió el príncipe un fuerte dolor de muelas: acordándose de la lección que había recibido de su ayo, le dijo quejándose:

—¡Ay! no podemos sufrir un dolor tan agudo: es preciso llamar al dentista para que nos saque las muelas.

—Señor, las mías no me duelen.

—Ya veo, repuso el príncipe de muy mal humor, que la capa es de los dos; pero el dolor de muelas es mío solo.

***

Caminaban tres segadores gallegos hacia su tierra, cuando vieron a bastante distancia una cuadrilla de ladrones que venían por el mismo camino.

No sabiendo que hacerse, determinaron subirse cada uno a un árbol para dejarlos pasar sin ser vistos; pero quiso su mala ventura que en el mismo que eligieron los segadores acamparon los los ladrones.

Nuestros pobres gallegos se hallaban temblando al pensar si serían dsscubiertos, cuando vieron que los ladrones echaban en la manta de uno, al parecer jefe, gran cantidad de dinero e inmensas alhajas, que empezaron a repartirse.

Esto escitó la sórdida codicia de uno de los gallegos, que al ver tanta riqueza, exclamó entusiasmado:

—O! si yo tuviera tantu oru!...

Los ladrones le oyeron, miraron a todas partes, y divisaron al pájaro en su nido: hiciéronle bajar, y al punto le degollaron.

Al observar la sangre que salía de la herida, dijo uno de los bandidos:

—¡Qué negra es la sangre gallega!

—Non es negra, señore ladrón, es que mi compañeru ha comidu muchas moras.

—¡Hola! ¿estás tú ahí? dijo el jefe mirando al otro árbol; pues abajo, animal.

Se bajó el gallego. Al punto sufrió la suerte del primero.

—¿Quién le mandó hablar habiendo visto lo que le pasó a su compañero? dijo entonces el jefe.

—Por esu me estoy yo aquí muy callanditu, dijo el tercero.

—¿También tú? pues baja, y te lo diremos.

Tuvo igual fin que sus paisanos.

Ayuntamiento de Madrid

EXCESIVA HONRADEZ

Cuento por E. G. A.

Aquella mañana, al entrar en el local de su compañía, el capitán Gutierrez, fué sorprendido e informado por el oficial de semana, de una importante novedad; el soldado Francisco Torres; daba parte de la desaparición de un reloj de su pertenencia; no resultando completamente aclarado el concepto de robo, por los buenos antecedentes de la tropa, se inclinaba a creer, que el hecho fuera debido a lamentable extravío.

A estas razones, hubo de asentir el capitán, lamentando lo ocurrido: aún en el caso de pérdida, el no devolver el hallazgo a su legítimo dueño, lo consideraba tan digno de corrección, tan fuera de lo acostumbrado en la unidad de su mando—donde según frase gráfica del oficioso sargento Bermudez, aparecían los objetos antes de perderse—..., que puso tenaz empeño en buscar al culpable de tan innoble acción, que venía a romper la buena fama que con noble orgullo ostentaba la 3.ª del 1.º...

Previamente formada la tropa, apeló a sus buenos sentimientos: no creía. no podía creer, que excelentes muchachos todos, hubiera alguno que lanzara tal baldón sobre su acrisolada honradez: se figuraba, estaba seguro de ello, en un simple descuido de su dueño, y en tal creencia, rogaba al que lo hallase, cumpliese su deber, verificando la devolución inmediata.

Como pasado unos días, ni por este resorte sensible, ni aún por el rigor de la ordenanza, apareciese, en su afán de esclarecer la verdad, indicó al perjudicado propalase entre sus compañeros—más amigos—, «que al que por haberlo encontrado, entregara el reloj, sería gratificado con cinco pesetas, que cedía de su bolsillo particular, como premio y estímulo para acción tan meritoria...

Prontamente debió prender la semilla, que aquella misma tarde se presentó en casa del Capitán, un *primer* soldado dándole cuenta del hallazgo,... juraba y perjuraba, haberlo encontrado cerca de su percha,—en la tabla mochilera—, y sentía pudieran creer otra cosa los maliciosos compañeros...

«Bien muchacho, me congratulo que por tu laudable conducta, la compañía recobre su perdida fama: recibes mi felicitación, y pasas mañana a cobrar el premio que tenía ofrecido...

«No me mueve eso mi capitán: mi conciencia no me dejaría vivir, si no entregara a Vd. lo que no es mío...

...Pero sin tiempo casi para saborear el triunfo, ni aún para pensar, si pudo haber demora en la devolución,... todavía se estarían repitiendo idénticas escenas, con su natural asombro, si al quinto caso de *honradez,* no hubiera remitido al oficial de servicio, una lacónica orden, cuyo texto era todo un poema:

«Prevendrá Vd. a la compañía, que el soldado que presente el reloj extraviado, será castigado severamente».

Y al recibir el cumplimentado, leyó estupefacto el informe del teniente de semana: «en revista hecha personalmente por el que suscribe, he tenido la fortuna de hallarlo en lugar excusado, habiéndolo manifestado así a la tropa—anteriormente a su orden—, para su tranquilidad y satisfacción.

Valoradas—por curiosidad—, las alhajas devueltas que fueron quedando en poder del capitán, el Armero del Batallón, inteligente y perito en estas clases de tasaciones, de quien se interesó cuanto podía darse por cada una, a la primera ojeada, manifestó decidido, con pleno convencimiento:

«Uno con otro, tres pesetas: no valen un céntimo más»,

Quedaba aclarado el porqué de los hallazgos: la semilla de la gratificación, había prendido en los muchachos; no en sus delicadezas de sentimientos ciertamente, sino en sus dotes comerciales que demostraban ganándose *mano a mano* con un notable cartel de buen chico, un par de buenas pesetas, a cambio sólo de un pesado artefacto... que no reclamarían al capitán, del que tenían seguridad había de guardar el secreto de sus visitas, pero por las cuales y la *excesiva honradez,...* se pronosticaban horas muy amargas...

EUGENIO EGEA

Ayuntamiento de Madrid

AUSENCIA TRAE OLVIDO

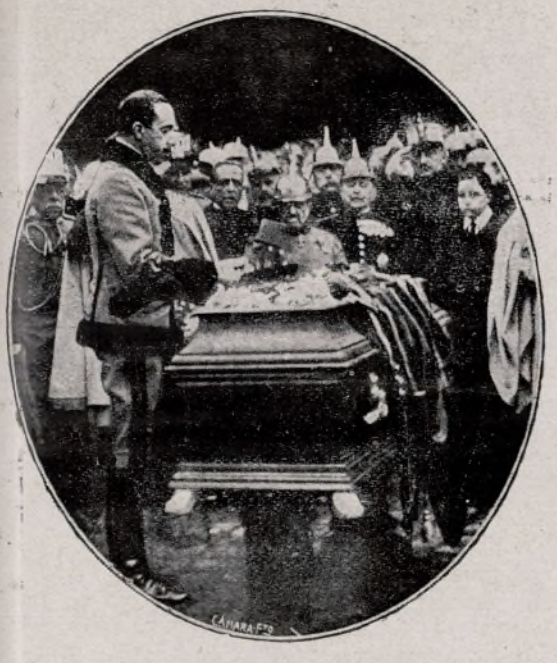
Para mí amiguita Pilar.

No saben por qué se halla tan triste la princesa
ni por qué está tan mustia su boquita de fresa
que deja a los sollozos de su pecho salir.
No saben por qué gime; no saben por qué llora
Escuchad.Yo os lo cuento: El príncipe que adora,
cumpliendo sus deberes, a la guerra va a ir.
Relinchan los corceles en el patio empedrado.
El cortejo del príncipe espera ya montado
a que el príncipe llegue para todos marchar.
Y el príncipe no llega. El príncipe, con pena,
se despide amoroso de la virgen morena,
que le dice «no vayas» sin dejar de llorar.
No puedo, princesita. Princesita, no puedo,
responde entristecido con el acento quedo.
No puedo, princesita Tengo que obedecer.
Y con gesto inseguro se acerca a la princesa
y la besa en los ojos y en la boca de fresa,
con el loco deseo del que no va a volver.
Desde entonces se adueña del palacio la angustia.
La princesa se queda más pálida y más mustia.
¡Que el dolor de la ausencia es un terrible mal!
Y,añorando la dicha de sus años primeros,
olvida a sus canarios, olvida sus jilgueros
y deja que de celos desfallezca el rosal.
Ha llegado un heraldo desde lejana tierra
con la ansiada noticia de que acabó la guerra
y que el príncipe torna en busca de su amor;
que regresa portando en sus sienes las flores
del triunfo; que los pueblos le tributan honores
y que es feliz: Posee el amor y el honor.
Pobre príncipe: Sueña con la bella princesa,
con sus negros cabellos y su boca de fresa;
y el príncipe no sabe que ya no la ha de ver;
que murió la princesa esperando al ausente,
con la boca marchita y nublada la frente,
pensando que ya nunca jamás iba a volver.
Pobre príncipe. El día que regrese al palacio
con los ricos collares de amatista y topacio,
con perfumes y sedas de Oriente y Cachemir,
Y sepa que ha muerto la princesa de amores
odiará los placeres, odiará los honores
y, exclavo de su pena, sólo querrá morir.

RAFAEL MONTEALEGRE

Ayuntamiento de Madrid

El Rey en nombre de la Patria impone la laureada a los restos del héroe de Monte-Arruit.



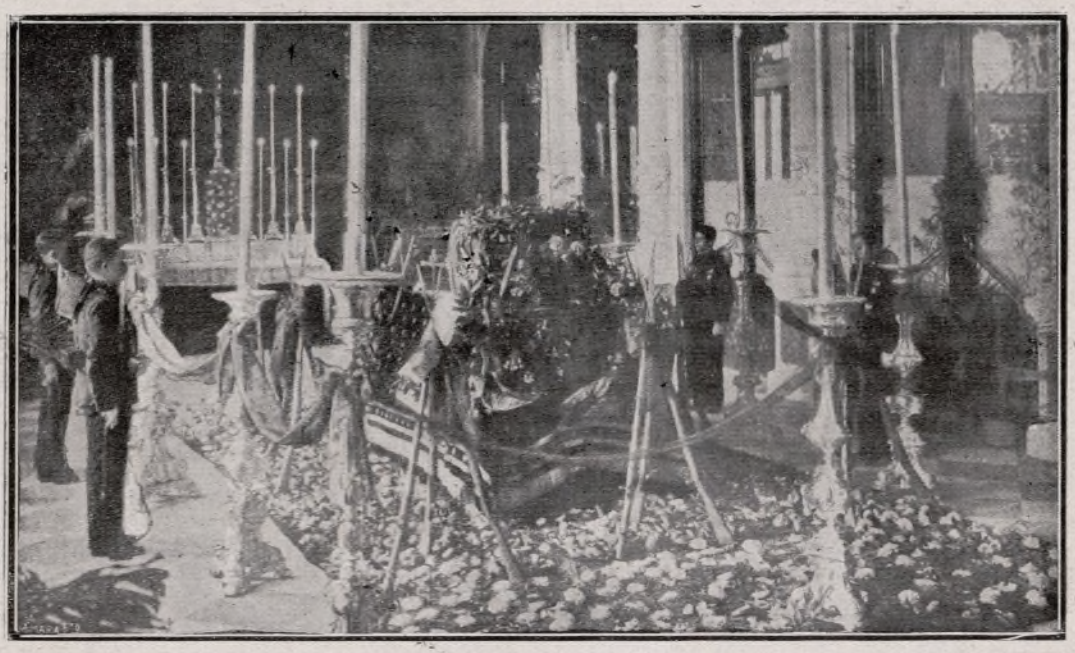
S. M. el Rey en el momento de condecorar con la Cruz Laureada de San Fernando los restos del heroico Teniente Corone Primo de Rivera.

De nuevo hemos vuelto a sentirnos estremecidos por las honras tributadas a un héroe muerto. Como antes lo fué González Tablas, ahora, en esta ocasión, lo ha sido el Teniente Coronel Primo de Rivera. Sus restos han merecido el tributo de una representativa y ejemplar distinción, rendida en memoria y en gloria del que supo hacer redicir en Monte Arruit, el bravo acento de la más noble casta española. El Teniente Coronel Primo de Rivera, en el sitio del fúnebre Monte, fué la brasa que sostuvo con más ardor el espíritu de la defensa. Cayó frente al enemigo, peleando por España, y cayó con la espada en la mano, con entusiasmo y con la más alta gallardía militar. ¡Así mueren los héroes!

El día 14 del actual llegaron a Madrid los restos mortales del heroico Teniente Coronel D. Fernando Primo de Rivera y ante el silencio respetuoso y lleno de emoción de cuantos acudieron al acto, S. M. el Rey impuso al héroe muerto las insignias de la Cruz Laureada, pronunciando las siguientes frases. «En nombre de la Patria y con arreglo a la Ley, os hago Caballero de San Fernando, en premio a vuestro heroico comportamiento militar».

Después, el Rey colocó la Cruz Laureada sobre el féretro y la besó.

El acto fué sencillo, sobrio; como son siempre los momentos solemnes, en que en el altar de la patria se rinde el tributo merecido al espíritu de la España grande, de la España representativa, de los héroes, de los caudillos, de los mártires del deber.



Los restos del heroico Teniente Coronel D. Fernando Primo de Rivera en la capilla ardiente, instalada en el Salón de Actos del Ayuntamiento de Málaga.

Ayuntamiento de Madrid

FECHA HISTÓRICA DE UN PUEBLO

EL PRIMER ANIVERSARIO DEL FACISMO

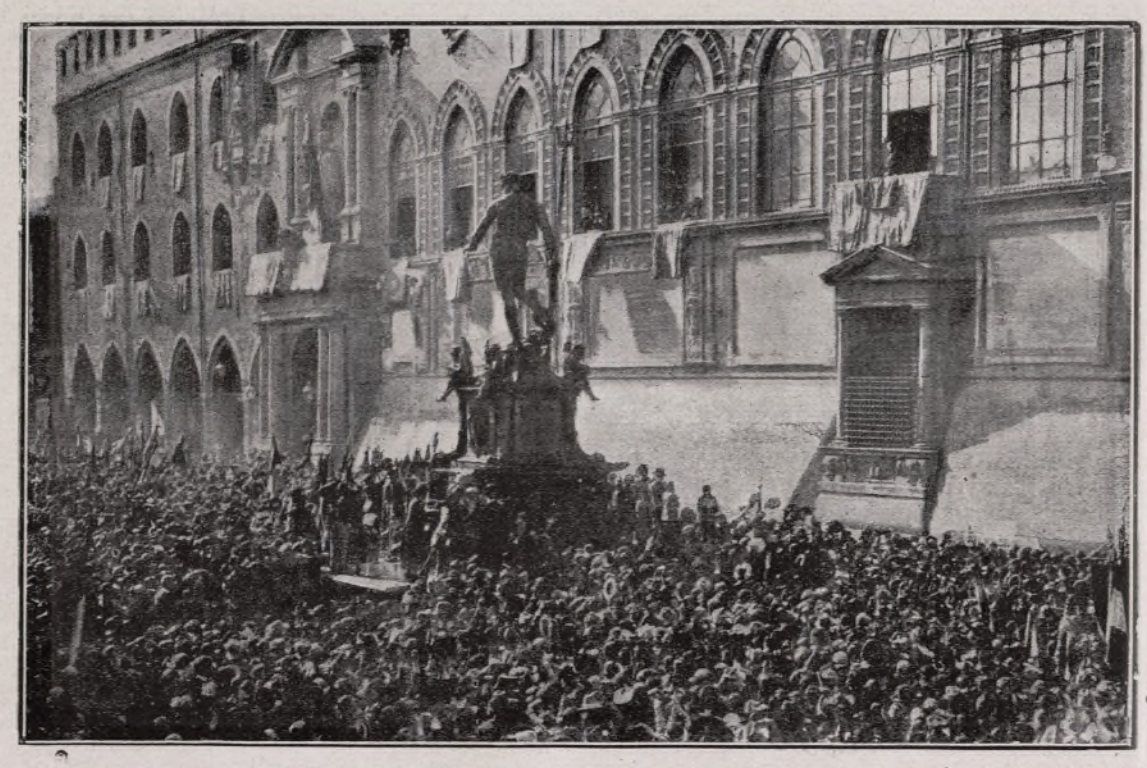
En 31 de Octubre último ha hecho un año que las legiones fascistas efectuaron la marcha sobre Roma, donde elevaron a la presidencia del Consejo, en un irresistible movimiento popular, a su jefe Mussolini. Del 28 al 31 del mismo mes se hicieron fiestas para celebrar este triunfo. En Turín, donde dominaba el elemento comunista hacía tres años, el general de Yecchi, uno de los jefes que combatían más el fascismo, tuvo la alegría de presentar una villa obrera, transformada por el patriotismo. En Milán, la ciudadela de la Internacional agrícola, en Bolonia, en Florencia, en Roma, en fin, suprema apoteósis, asistió Mussolini a la triunfal conmemoración; todas las provincias y todos los pueblos estaban representados en el inmenso cortejo, que, durante cinco horas, desfiló por las grandes vías de la capital, mientras se exaltaba el alma ardiente de todo un pueblo.

MUSOLINI

He aquí el ídolo de nuestra hermana Italia. Durante la guerra, en 1915, en el Carso, en las trinchetas de nieve, con circo heridas, modelo de estoicismo, este revolucionario y este padre de familia, ha hecho un maravilloso soldado.

Lo demás ya se sabe. Congrega a sus camaradas, les inflama en el fuego que a él le devoraba y con su frase cálida y contundente, su pensamiento recto y rápido, y su convicción que es su fuerza, prepara el suceso que salva a su país.

El último retrato de Mussolini.



El pueblo de Roma aclamando a Mussolini en la mañana del 31 de Octubre, fecha histórica, en la cual las legiones facistas marcharon sobre dicha población, llevando con su caudillo la salvación de Italia.

Ayuntamiento de Madrid

Comprendió enseguida que era mejor dar cara al desorden,—nacido por un espíritu enemigo y la infección bolcheviquista—y no retroceder ante la represión por ruda que fuese. Alrededor del «fascio» simbólico se agruparon a su llamada, los antiguos combatientes, la juventud y los intelectuales. El bolcheviquismo fué vencido; Italia salvada.

Doce meses han pasado desde la marcha a Roma para expulsar del Poder a un gobierno débil, prisionero de las fórmulas inútiles. Mussolini después de derribar lo corrompido, ha reedificbdo sobre sus ruinas. La confianza ha podido renacer. Ha detenido con mano de hierro la Italia pendiente sobre el abismo, pronta a caer.

El la ha elevado y es el primero en saber que esto es solamente el debut de un trabajo gigantesco. Pacientemente, ardientemente también, continúa en su energía. Que él viva, que él dure, que encuentre los hombres necesarios a sus proyectos e Italia ha de ver cumplirse el destino que ella ha concebido escuchándole: ser un gran pueblo, joven, fuerte, generoso, resucitado de las cenizas de su pasado romano, del pasado medioeval. Dueña en parte del Mediterráneo, llevará. no tardando, la paz romana, una paz nueva, no la impuesta por las armas al precio de violencias fratricidas, sino de una civilización hermana, organizando la tirrra y librándola de la esclavitud de las masas anárquicas; una civilización de justicia y de solidaridad. Tal es el fondo del «mussoliuismo» que hoy sustituye al «fascismo» primitivo.

Es periodista, orador, poeta, artista y músico, pero en esto no está su prestigio sobre las almas. En su vasta frente se adivina su audacia sin límites. En su trato se advierte una dulzurara infinita, se ha hablado de tencr una energia en la acción, pero en su reposo es maravilloso en bondad. Expresa siempre un deseo de amar, una afectuosa expresión. Es por ello por lo que impresiona, reduce, conquista. Ama a sus semejantes, ama a su patria y ama a la humanidad. Es por el amor y para el amor como él ha vencido, él vive y edificará una fuerte y magnánima Italia.

La tumba del soldado desconocido.

La llama del recuerdo.

Bajo el Arco de Triunfo brilla ya la «Llama del recuerdo» como homenaje al «Soldado desconocido«.

No se extinguirá jamás, en memoria y como simbolismo del despojo de los hombres que sin gloria alguna, héroes sin nombre, abnegación sin límites, aparecen ncógnitos, y cuya virtud y heroico sacrificio perdidos desconocido. El signo del fuego, inscribirá en el cielo el mismo espíritu que el de aquellos hombres que vertieron su sangre en holocausto de el ideal patrio.

Así, con esto, se ha creado un rito nacional. Por largo tiempo perdurará en Francia la veneración cívica de aquellos héroes sin nombre, tanto como dure la llama en este Altar de la Patria, sepultura, venida a ser santuario, por la espiritualidad de la idea.

Cómo nació esia y tomó cuerpo en el pueblo que la acogió y venera en la actualidad, es asunto interesante que requiere nuestra atención.

Gabriel Boissy, paseando todas las noches cerca de la tumba sagrada, pensó y divulgó en los diarios parisienses qne para atestiguar mejor la constancia de la fé, y del recuerdo hacia el Soldado desconocido, nada era mejor que hacer vibrar la llamarada de una luz permanente.

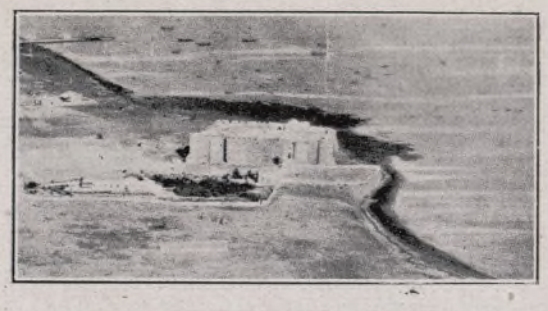
Plaza de la Estrella y el Arco de Triunfo, en la noche del 1.º de Noviembre, con las antorchas a los lados de la tumba del soldado desconocido

Los numerosos focos luminosos que convergen en el Arco de Triunfo proceden de las linternas y faros de los automóiles. En primer lugar se ven los tranvías parados con sus remolqnes.

Ayuntamiento de Madrid

Del Africa antigu

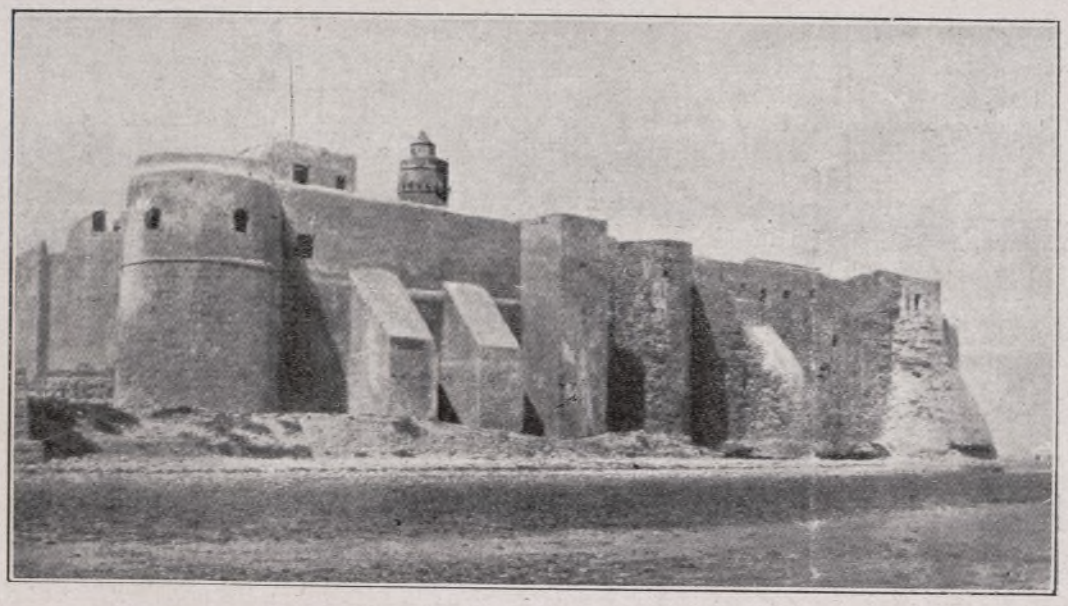
Una fortaleza española en Houmt-Souk



Vista de la fortaleza tomada desde un avión.

Fué construída en el siglo III por Roger de Lauria. Sin duda, en ella está el nombre del almirante que la hizo construir. La historia retiene mejor los nombres de los guerreros, que los de los arquitectos. Roger de Lauria, trabajaba para el rey de las Dos Sicilias; durante un siglo o dos, el castillo fué siliciano. Después; la bandera turca ondeó en sus torres, aunque por breve tiempo, siendo después rescatado por los españoles.

En 1560 los turcos volvieron otra vez al ataque, para apoderarse de la fortaleza. Compuesta su guarnición de unos mil soldados el mando de D. Alvaro Sande, fueron sitiados por Piali pachá, con la ayuda de Dragut, el corsario, que acababa de aniquilar la flota de Andres Doria. Durante ochenta días, en pleno verano, los españoles resistieron con verdadera energía y denuedo. Es cierto que edtre ellos había franceses, silicianos y malteses. Apretados por el asedio, intentaron algunas salidas, que resultaron infructuosas; sólo el jefe logró escaparse. Juan de Castillo tomó entonces el mando de la dotación. Privados del socorro, de su flota, dehechos los pozos exteriores, reducidos a la provisión de la cisterna interior, debieron racionarse para poder resistir el mayor tiempo posible. El agua se agota. El *siroco*, viento caliginoso, reseca las gargantas, y aviva la sed. Los turcos dan el asalto, apoderándose de la ciudadela, asesinando a la guarnición. Con los cadáveres de los defensores levantaron una torre, la *torre de los cráneos*. En 1848, un bey de Túnez, que había visitado el palacio de Versalles y llevado de París unos armarios de cristal, recogió ideas e impresiones sobre un monumento de este género y sobre las ventajas que una actitud tolerante, reporta en este mundo. Ordenó que se demoliera esta torre y que se transportaran los restos a un cementerio cristiano. Fué colocado, en su lugar, una pirámide, conmemorando su emplazamiento. La historia no es más que un cambio de opiniones y de retornos En este país de *encrucijada* y de límite, oscila todo entre la civilización oriental y la civilización occidental, entre cristianos y musulmanes, entre los latinos y los asiáticos. ¿Quien triunfará de los dos? Con frecuencia parece resuelto y con frecuencia, también, está expuesto a una transmutación, con la misma violencia—...



He aquí una curiosa fotografía de la fortaleza española construída en el siglo III por Roger de Lauria en la playa de Houmt-Souk.

Ayuntamiento de Madrid

DEL CONGRESO DE CIRUGIA EN FRANCIA

La aviación y el servicio sanitario.

Ya se ha visto en otro número de ARMAS Y LETRAS la utilización que se ha hecho en Marruecos en el campo francés, para la evacuación rápida de los heridos. Durante las operaciones de Taza, trece aviones sanitarios, en combinación con las ambulancias automóviles, transportaron desde la base de Engil, a los hospitales de Fez, de Meknes y de Casablanca, muchos heridos graves que notaron bien pronto los efectos de una urgente intervención quirúrgica como reclamaba su estado y que la mayor parte hubieran muerto si hubiesen tenido que afrontar los sufrimientos y los retardos de un viaje en mulo, en camello, o aun los de automóvil. En una sola jornada pudieron ser conducidos desde el campo de batalla a los hospitales 71 heridos y 51 durante la mañana del día siguiente. En el curso de los ocho primeros meses de 1923, los transportes de heridos por aviación se elevaron a 800, más de 500 en 1922 y 700 en 1921. Teniendo en cuenta la gravedad de las heridas y la situación en que se hallaban los que las habían sufrido, en pleno campo o en la montaña, lejos de las carreteras o en el corazón de un país hostil, se puede, sin exageración, evaluar en la cifra de 1.500 las vidas humanas que han sido salvadas, merced al rápido medio de transporte aviador.

Por eso se concibe que este nuevo método haya atraído la atención del Congreso de Cirugía—acabado de celebrar—no solo para aprovechar los aviones en los teatros de la guerra, para el transporte de heridos graves, sino de generalizar su empleo en tiempo de paz, dentro de la nación para necesidades del ejército y necesidades civiles.

Paradoja parece esto, habida cuenta de que disponen de ferrocarriles y de automóviles; que los grandes pueblos y capitales de provincia disponen de instalaciones *ad hoc* y de personal para hacer frente a todas las eventualidades, pero si se examina la cuestión de más cerca, se adivina pronto que la aviación sanitaria está llamada a jugar, en un porvenir próximo, un papel considerable.

Fué en 1910 cuando el médico holandés Moij, hizo las primeras experiencias de transporte de

Momento de embarcar un herido grave, en un avión sanitario, que los transportó de Burdeos a París en cuatro horas. El ejército francés ha adoptado por sus buenos resultados el aparato Lemousine, capaz para dos heridos y un enfermero.

Ayuntamiento de Madrid

heridos por la vía de los aires. Fueron continuadas por el senador médico Reymon, que fué también su precursor, y que, durante la gran guerra, como aviador, murió gloriosamente. En 1917 el doctor Chassaing, sobre aparatos Breguet, inventó un dispositivo para llevar dos heridos acostados en el fuselage del avión, antes destinado al bombardeo. Pero la casualidad vino a dar al avión sanitario un fomento inesperado.

En 1920 la dirección del servicio de Sanidad fué avisada de que setenta aparatos estaban a su disposición. Ella no les había pedido y se encontró un poco sorprendida por esta donación inesperada.

Se trataba de antiguos aviones de guerra, reformados en su construcción con objeto de acoplarlos al perfeccionamiento de los aparatos alemanes, con los que hubieran tenido una lucha desigual. En Cilicia un jefe de unidad, espíritu iniciador, tuvo la idea de emplearlos para transportar heridos y enfermos de los puestos aislados o sitiados y se ofreciero al servicio de Sanidad; la aviación sanitaria se estableció óon estos elementos.

Su extensión a la metrópoli es dato más reciente. Ocurrió que un mecánico militar del Centro de aviación de Cozeaux, en una maniobra fué alcanzado por una hélice, deshaciéndole las dos piernas. De Cozeaux a Burdeos no hay más que unos 60 kilómetros; pero con las carreteras en muy mal estado y con una abundante hemorragia no huhubiera podido soportar las incomodidades ni los vaivenes de un vehículo. Se le colocó en un avión. Media hora después estaba en Burdeos. Se le operó sobre el campo. El piloto que le condujo se prestó para hacerle la transfusión de sangre. Hoy amputado de una pierna, el hombre está salvado. El 20 de Septiembre último, un militar gravemente enfermo fué transportado, también en un avión, de Nancy a Berch. El 28 del mismo mes, un aviador que a consecuencia de una caída, sufrió una conmoción cerebral violenta, complicada con turbaciones afásicas, aterrizaba en Bourget, acompañado de su cirujano. Fué llevado desde Burdeos en cuatro horas.

No es que no haya en Burdeos o en Nancy elementos médico-quirúrgicos suficientes; pero se sabe que, en materia de cirugía, sobre todo, hay operaciones muy delicadas que sólo los especialistas se atreven a realizar con éxito y que la mayor parte de ellos residen en París.

En lo que concierne particularmente a la cirugía militar se encuentra solamente en algunos grandes centros, en donde cuenta con maestros, con especialistas. Bajo otro punto de vista hay un interés práctico de no dispersar en el conjunto del territorio instalaciones de poca importancia e incompletas sino, por el contrario, proveer, en un pequeño número, de todos los elementos perfeccionados: salas de operaciones, con instrumental completo, laboratorios de investigaciones, instalaciones radiológicas, etc. En las condiciones actuales de la ciencia no toca al médico o al cirujano ir hacia el enfermo, sino al enfermo el ser transportado allí, donde puede estar mejor cuidado. El avión provee a ello, y como se le emplea, sobre todo, en los casos de urgencia absoluta, el riesgo ínfimo que él lleva está anchamente compensado por el servicio que rinde.

El servicio de Sanidad francés, se ocupa actualmente en equipar dos regiones de material y personal de aviación sanitario: el de Burdeos para todo el Suroeste de Francia y el de Toul para el Este.

Pero los civiles también pueden sacar la más grandes ventajas de una organización similar. Se recuerda el caso de un miembro británico del Consejo Supremo, que, hace dos años, se hizo transportar a Londres en un avión a fin de ser operado de una apendicitis por su cirujano, en medio de los suyos.

He ahí por qué los promotores de la aviación sanitaria pensaron dotar a Francia de una organización que pusiera a la disposición de cada departamento una ambulancia automóvil, en relación con el terreno de aterrizaje, existente o por crear, cada Departamento. De esta suerte los grandes centros médicos y quirúrgicos estarían al alcance de todos. Este sistema permite la supresión de muchos establecimientos hospitalarios de segundo orden, que disponen por otra parte de una instalación defectuosa.

Esta supresión concuerda por otra parte, con los deseos expresados en el Congreso de Cirugía por el Ministro de Higiene, que ha preconizado el desenvolvimiento de establecimientos modelos, con preferencia a la poca eficaz dispersión de esfuerzos.

Por otra parte, otros países como Suecia, la Finlandia y la Polonia se han interesado y entrado en esta vía. La cosa es tanto más interesante cuanto que estos países se proveen ámpliamente de las construcciones francesas. La aviación sanitaria se ha introducido, entre ellos, sin dificultad alguna. Los resultados obtenidos en el Levante francés y su zona de Marruecos, ha influído grandemente en su generalización.

Ayuntamiento de Madrid

Curiosidades zoológicas

LA PSICOLOGIA DE UN GORILA

Mis Alyse Cunningham ha publicado un curioso trabajo en *"Zoological Society Bulletín"*, en que describe el modo de vivir de un gorila entre las personas.

Un sobrino suyo, el comandante del ejército inglés, Rupert Penny, adquirió a fines de 1918, un gorila de menos de tres años, que no hacía mucho, fué traído a Europa, del Gabón.

Había estado cuatro meses en un almacén de de novedades, de Londres, en el que servía de reclamo, encerrado en amplia jaula y siendo el recreo de la clientela.

En Diciembre del año citado, el mono enfermó de grippe, y cuando el comandante Penny lo compró estaba tan débil y flaco, que a penas podía tenerse, y no pesaba más de catorce kilogramos.

El comprador se proponía estudiar las facultades intelectuales de los grandes monos autropomorfos.

Juan Gorila fue instalado en el hotel particular en que habitaban en Londres, Miss Cunninghan y su sobrino, en la calle Slvane n.° 15.

Se le destinó una pequeña habitación, en cuyas puertas se sustituyeron por verjas las maderas. Esta jaula era calentada por un radiador eléctrico, para hacer soportable la estancia al animal, y procurar su curación, que se consiguió rápidamente.

Pero casi todas las noches las pasaba dando gritos, y como aterrorizado de estar solo. Entonces el señor Penrry hizo que pusieran su cama inmediata a la habitación del gorila, mostrándose muy satisfecho, comiendo en adelante con más apetito y engordando visiblemente.

«Pronto me incorporé yo a *John*—dice Miss Cunninghan—. Le lavaba la cara, las manos y los pies dos veces al día, le peinaba y cepillaba el pelo, cosas que él procuraba realizar por sí mismo, en cuanto atrapaba el cepillo o el peine.

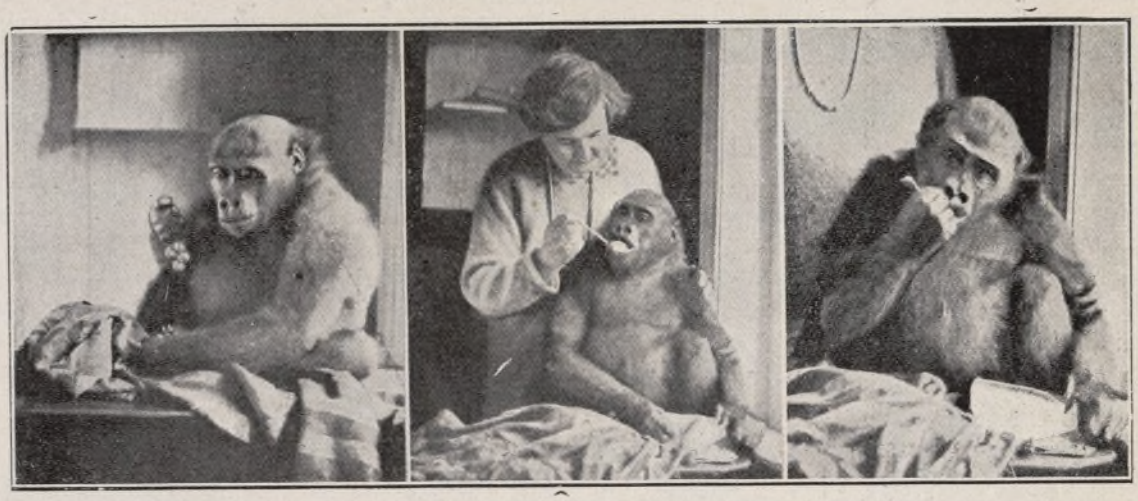
Mi deseo era poder admitirle lo más pronto posible en el círculo de la familia, para lo que emprendí la tarea de acostumbrarle a hábitos de aseo...»

Se necesitaron seis semanas para hacerle comprender lo que se deseaba de él, y desde que llegó a comprenderlo, y se le pudo abrir la jaula y dejarlo en libertad.

En cuanto al aseo, jamás olvidó sus deberes. Si estaba en el principal, por la noche, apagaba la luz eléctrica de la habitación, tocando el conmutador, si tenía necsidad de salir, en dos saltos subía al piso segundo, se encerraba en el cuarto excusado y descendía al sitio de que saliera.

Su apetito tenía exigencias cursivas; dejaba cualquier manjar por la leche templada. Gustaba elegir entre una gran variedad de frutas: bananas, naranjas, uvas, dátiles, fresas, hambiesas; pero siempre prefería las frutas un poco asadas.

Rehusaba cualquier fruta que estaba cortada con algún tiempo de antelación, y así como una confitura empezada la víspera.



He aqni el famoso *Juan Gorila* en varios actos de su vida, en que se nos muestra correcto y socializado, caracterizándole una gran seriedad y dominio de sí mismo.

Ayuntamiento de Madrid

Amigo de los niños, el viejo gorila es compañero inseparable de la niña de sus dueños, con quien juega en franca camaradería.

Gustábanle las rosas, más que por el olor por el sabor; pero no las comía más que frescas. Mascullaba con deleite los brotes de los árboles.

Cuando le dieron por primera vez una nuez de coco, comprendió en seguida que contenía alguna golosina, e intentó romperla dándole golpes en el suelo.

Convencido de que no lo conseguía, la llevó a sus amos, haciéndoles entender que esperaba la intervención de ellos. Le ofrecieron un martillo, y le enseñaron a servirse de él.

Se enorgullecía recibiendo visitas; cogía de la de la mano a las personass y les enseñaba toda la casa.

Si notaba que un visitante sentía miedo, se divertía dando saltos a su alrededor y golpeándole en las piernas; su aspecto era entonces el de una alegría burlona.

Era muysensible a la admiración del público, abriendo el mismo una ventana, exhibiéndose a la vista de la gente agolpada delante de la casa, manifestando su satisfacción, dándose golpes en el pecho con las manos a medio cerrar.

Comprendía muy bien el peligro que se corre colgando sobre el vacío.

Cuando alguien se colgaba en una ventana, cerca de él, le trataba de ayudar, y si le cogía lejos, corría emocionado a procurar echarles hacia dentro.

Un juego favorito para el gorila, era hacer el ciego. Cerraba los ojos apretando mucho los párpados, y recorría toda la casa sin tropezar en mesas, sillas ni nada. Le gustaba también, vaciar el cesto de los papeles, extendiéndolos por el suelo; y cuando le mandaban recogerlos, lo hacía, uno por uno; pero sin entusiasmo.

Adoraba a los niños, mostrando un vivo cariño por una sobrinita de Miss Cumninhgan, niña de tres años, con la que jugaba horas enteras, pareciendo que comprendía lo que la pequeña deseaba verle ejecutar. Si lloraba, se ingeniaba cuanto podía para distraerla y que callara.

Nunca manifestó deseos de escaparse. Trasladáronse sus amos a su casa de campo, y le llevaron como un viajero cualquiera que les acompañara.

Comprobaron en aquella temporada, que los paseos por el campo y las excursiones por el monte, despertaban en él al *hombre de los bosques*. Por otra parte, la vista de un borrego, una vaca o un caballo le espantaban, y sin embargo le complacía la presencia de los animalillos pequeños: polluelos, corderitos, terneros, etc.

En las comidas que hacía en familia, se portaba comedido; serviase sin precipitación y comía poco y con lentitud. No tenía inclinación por el pan, salvo er el té de las tardes, en que comía con gusto un bollo de confitería. Bebía mucha agua, que él mismo iba a tomar con su vasija en el grifo de la fuente, el que nunca olvidó de cerrar.

El amo, a fin de obligarle a hacer ejercicios de imaginación, ideó partidas de *juego al escondite*, que hacían a *Juan Gorila* subir y bajar por la casa mañana y tarde buscando, aficionándose tanto, que, como dice la que hace el relato, se *hundía de risa* cuando le tocaba el turno de esconderse, al mono.

Pero empleaba en el juego una gran prudencia; pues como tuviese que atravesar una pieza a obscuras, nunca entraba en ella sin haber dado la vuelta a la llave de la luz.

Ordinariamente se acostaba a las ocho, subiendo solo a su pequeña alcoba próxima a la de su amo, y se metía en la cama. Si tenía necesidad de levantarse durante la noche, se volvía a acostar tan pronto se servía de su vaso de noche, arreglando previamente la ropa de la cama.

Bien temprano, como ocurre a los niños, se despertaba y se aburría de estar echado, distrayén

Ayuntamiento de Madrid

dose en dar volteretas en las barras de la cama y tirándose sobre el colchón.

Le gustaba tomar un baño templado, en el que se recreaba.

Mis Cunningham insiste en que ni ella ni su sobrino se preocuparon nunca de hacer del gorila un animal sabio; si aprendió a ejecutar ciertos actos, fué por espíritu de imitación, y si adquirió ciertas costumbres, lo fué expontáneamente o si se quiere, por razonamiento.

Cita dos casos que dan la medida de las facultades mentales de *Juan-Gorila*.

Presumido y coquetón como un «pollo bien» se le sorprende haciéndose la toilete delante el espejo, en donde gusta contemplarse.

Un día que la señora estaba vestida para salir, vino el mono a sentarse en sus rodillas, como solía hacer.—¡No!— le dijo, rechazádolo, por miedo a que le manchara el vestido que era claro.

El animal se tiró al suelo llorando y gimiendo como un niño. Después se levantó, miro a su alrededor, vió un periódico, lo tomó, lo abrió y lo extendió sobre la falda de su ama, colocándose entonces cómodamente en sus rodillas. Esto lo presenciaron diversas personas.

He aquí otro hecho no menos curioso:

El carnicero trajo un solomillo de vaca, y como a veces daba al mono trocitos de carne cruda que comía con deleite, le cortó y ofreció uno; pero del sitio de inferior calidad de la pieza.

«Lo probó—dice la interesada—y me devolvió el regalo; me cogió la mano y me la llevó al sitio más tierno y mejor del solomillo. Corté una loncha, que se la comió con mucho apetito .Cuando conté el caso a mi sobrino, lo puso en duda; repetimos la experiencia exactamente con el mismo resultado, salvo que esta vez *J. John* no quiso molestarse en probar la carne de inferior calidad.

Desgraciadamente, Miss Cunningam y su sobrino sufrieron el disgusto de tenerse que resolver a separarse de su discípulo, del que habían llegado a ser sus exclavos.

Habían buscado en vano alguien que durante su ausencia se ocupase del mono y hubieron de aceptar el ofrecimiento de un americano que les aseguraba que *Juan Gorila* pasaría días felices en un parque particular de la Florida.

Supieron demasiado tarde la verdad: el antropomorfo fué comprado por el director de una colección zoológica ambulante.

Algunas semanas después de la cruel separación a fin de Abril de 1921,el pobre Mono murió de pena en Nueva York. Sus despojos fueron comprados por el *American Muscun Natural History* y disecado y expuesto en las salas de esta institución.

Ayuntamiento de Madrid

DEL PAIS GIGANTE

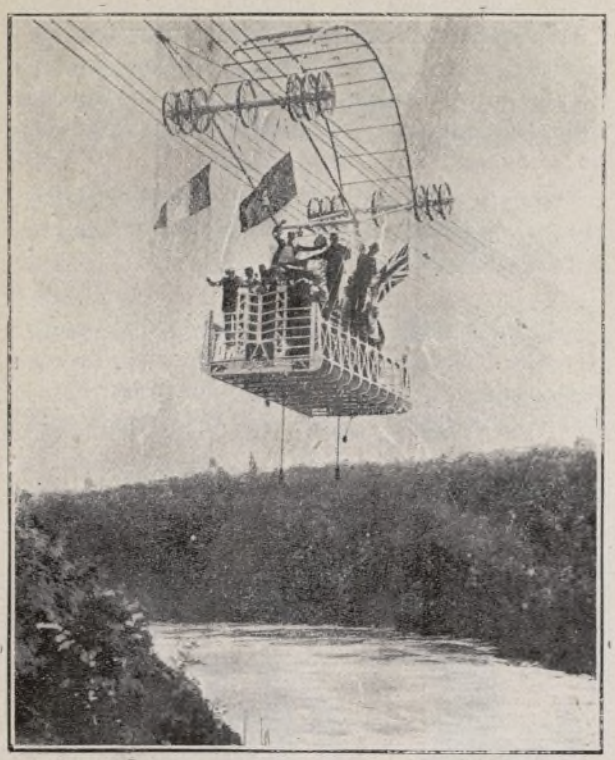
Varios aspectos de la ciudad más grande del mundo.

La estatua de "La Libertad".— El barrio judío.— El centro de los negocios.— Los grandes puentes.— El punto de más tráfico.—Los servicios de transportes.—Métodos rápidos de las casas de comidas.

La estatua de la «Libertad iluminando al mundo» está situadó en la isla Bedloe, en la bahía superior, a una milla y cuarto del extremo Sur de la ciudad. Fué construída por A. Bartholdi en 1865, y regalada por el pueblo francés a los Estados Unidos, en conmemoración de la buena amistad que siempre existió entre ambas naciones.

Es admirable la estatua de la Libertad, no sólo por su valor artístico, sino por ser la mayor del mundo, como lo indican las cifras siguientes:

	Metros
Altura desde el suelo hasta la punta de la antorcha	101
Longitud del brazo derecho	14
Idem del dedo índice	2,66
Anchura del brazo derecho	4



En el país de la ingeniería, un español, Torres Quevedo, se descubrió como mago en esta ciencia, con su famoso transbordador eléctrico sobre las cataratas del Niágara.

Está construída de planchas de cobre repujado sostenidas por una armazón de hierro, obra del ingeniero Eiffel, y colocada sobre un pedestal de cemento, de 29 metros de altura; dentro del pedestal funciona un ascensor, y desde los pies de la estatua una escalera de caracol permite subir hasta la cabeza, donde hay una plataforma con un mirador formado por los cristales de la diadema. Desde allí se disfruta de una soberbia vista sobre toda la bahía y la ciudad. Sacando la cabeza por una de las claraboyas es como se puede apreciar la magnitud del coloso, al ver debajo los grandes trasatlánticos como barquitos de juguetes y a los hombres como hormigas casi invisibles.

La antorcha se usa como faro—el faro más alto del mundo—, y por la noche, la estatua, iluminada por poderosos reflectores colocados en la isla, brilla como si fuera de oro.

*
* *

El barrio judío, situado bajo los grandes puentes, es, como las juderías de las ciudades europeos, sucio y miserable, y la densidad de su población, grandísima; se calcula que hay en él más israelitas (cerca de 700.000) que hubo en Jerusalén en sus tiempos de más esplendor.

Contiguo a la judería está el barrio italiano, poblado de gentes pobres y sucias, inmigrantes que, desconocedores de la lengua del país, se acumulan en este punto, dedicándose al comercio de baratijas o trabajando como braceros.

Cerca de la plaza llamada Park Row, el barrio chino, o *Chinatown*, ofrece el espectáculo curioso de una ciudad oriental a dos pasos de los rascacielos y los trenes subterráneos. En él se aglomeran los celestes en inmundas casuchas, donde fabrican y venden objetos del Extremo Oriente: abanicos, sedas, muebles de laca, cuadros, estatuas, etc.

Todo el lado Este de la ciudad, especialmente las calles comprendidas entre la tercera avenida y el río East, está ocupado por inmigrantes del

Ayuntamiento de Madrid

Suroeste de Europa: judíos, rusos, polacos, húngaros, rumanos, turcos, griegos, orientales e italianos, formando islotes separados del resto de la población, que hablan sus lenguas respectivas y tienen sus iglesias, periódicos, escuelas y tiendas especiales.

New York, la moderna Babel, contiene más italiano que Nápoles o Venecia, más irlandeses que Dublín, y más alemanes que cualquier otra ciudad, excepto Berlín.

*
* *

En la parte comprendida entre las plazas de la Battery, en el extremo meridional de la isla Manhattan, y de Park Row, está la llamada ciudad baja *(down-town)*, donde se concentra la vida de los negocios en New York.

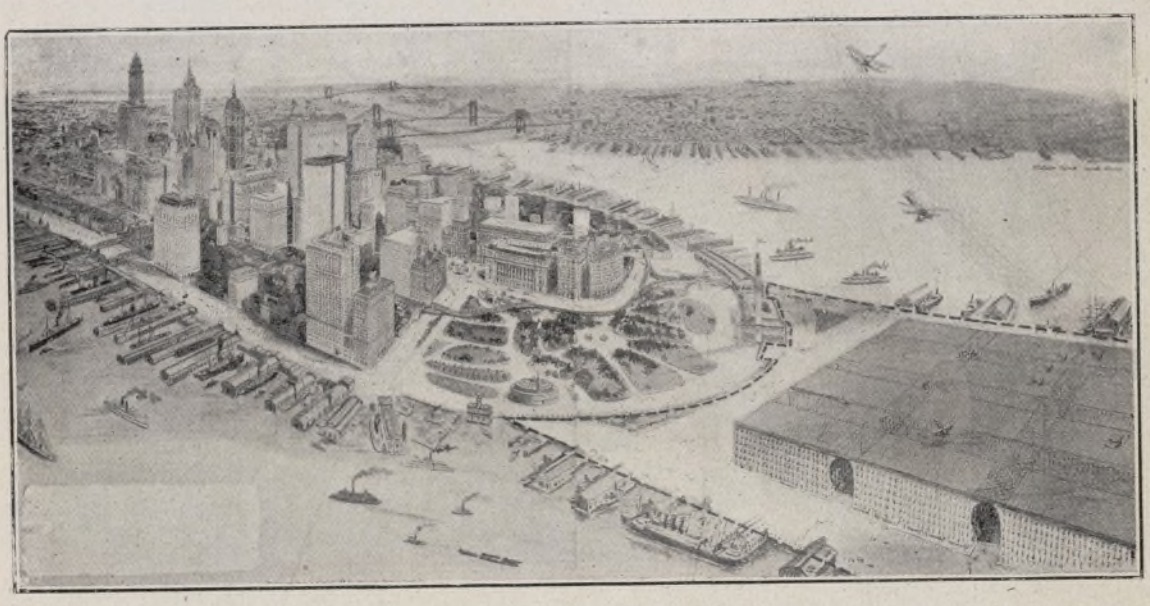
A ambos lados de Broadway se elevan dos filas de rascacielos, que proyectan sobre las estrechas calles laterales su sombra ingente, sumergiéndolas durante todo el día en una penumbra crepuscular. En invierno, cuando de cuatro a cinco de la tarde es ya de noche, millones de ventanas iluminadas, en altísimas filas simétricas, dan a la ciudad baja un aspecto fantástico.

El tráfico por las calles es vertiginoso: aquí nadie pasea por las aceras; todo el mundo va corriendo a su negocio, al banco, a la oficina, a la fábrica; y la calzada está llena de pesados vehículos de transporte, que pasan veloces o descargan sus mercancías frente a los almacenes.

Contrastando con el estrépito y la actividad de la vida comercial, rodeado por altísimos rascacielos, en el corazón mismo de la ciudad baja, se encuentra un viejo cementerio del siglo XVII, al lado de la iglesia de la Trinidad.

*
* *

De los cuatro puentes que unen la isla de Manhattan con la isla Long, el más importante es el de Brooklyn, terminado en 1883, una de las maravillas de la ingeniería del siglo pasado. Costó 105 millones de pesetas, y sus dimensiones son: longitud, 2.179 metros; altura de las torres sobre la marea alta, 92; ídem del piso, 39; longitud de los cables suspensores, 11.92. Por él circulan dos líneas de trenes elevados y dos de tranvías, y tiene dos calzadas para vehículos y un paseo central para peatones. Se calcula que pasan por él diariamente cerca de medio millón de personas.



El nuevo proyecto de ensanche de Nueva York es gigantesco y atrevido en su concepción. Se efectuará por la parte del puerto. En él figura un garage para aviones con una extensa plataforma en la cual podrán aterrizar varios aparatos a la misma vez.

Al Norte están los puentes: de Manhattan. que costó 120 millones de pesetas; de Williamsburg, el puente colgante mayor del mundo, con una longitud de 2.400 metros, y que costó 60 millones; tiene seis vías férreas, dos calzadas y dos aceras; y de Queensboro, el puente levadizo mayor del mundo, que costó 100 millones, y que tiene una longitud de 2.744 metros: consta de dos pisos para líneas férreas, vehículos y peatones, y su resistencia está calculada para el peso de 215.000 personas y 550 tranvías.

Desde estos puentes, especialmente desde el de Brooklyn, el panorama que se domina es magnífico, sobre todo al amanecer, cuando los primeros

Ayuntamiento de Madrid

rayos de sol, antes de que éste salga, tiñen las torres de los rascacielos de un color rojo, mientras el resto de las casas está todavía sumergido en la oscuridad.

*
* *

El cruce de la 5.ª avenida con la calle 42.ª, en la esquina de la biblioteca pública, es el lugar de más tránsito del mundo, pue se ha calculado que pasan por él diariamente 70 vehículos por minuto, la mayoría automóviles.

Notable es también el cruce de la avenida Park con la calle 34.ª, por la superficie de esta calle pasan los tranvías de la calle 34.ª; debajo, los de la avenida Madison; dos pisos más abajo, los trenes subterráneos, y tres pisos más abajo, el túnel del ferrocarril de Pensylvania.

*
* *

Para el servicio de transporte entre New York y los barrios y ciudades situados allende los ríos o la bahía, se emplean unos enormes barcos de vapor llamados *ferries*, divididos en tres departamentos; a un lado, señoras y no fumadores; al otro, éstos, y en medio, vehículos. El piso superior está formado por un salón rodeado de una cubierta, y en él hay música durante la travesía. Los *ferries* son iguales por la popa que por la proa, lo que facilita mucho la carga y descarga: al atracar al muelle, queda el piso del barco al nivel de aquél y perfectamente unidos entre sí, y los pasajeros y los coches entran y salen rápidamente sin la menor dificultad. Los viajes son rápidos y frecuentes, y cuestan tres o cinco centavos, según la distancia.

*
* *

Es mediodía, la hora del *lunch*. De los comercios, de las oficinas y de las fábricas sale una multitud que llena las calles de la ciudad baja en busca del restaurante más cercano.

Hay varias clases de restaurantes: los de mostrador, los de autoservicio, los automáticos y los de servicio por camareros. Los primeros tienen un mostrador muy alto, generalmente en forma de herradura, en el centro de la cual están los camareros; llega el parroquiano, se encarama en un altísimo taburete, coge la lista de cerca de 50 platos diferentes y pide lo que le apetezca; le dan un vaso de agua helada y cuantas servilletas de papel quiera, y también una tarjeta con una serie de números: 5, 10, 15..., 95; el precio de cada plato consumido lo marca el camarero en esta tarjeta, taladrando el número de céntimos correspondiente. Terminada la comida, se presenta la tarjeta en la caja, y se paga la cantidad más elevada que aparezca taladrada. No se dan propinas. En los restaurantes de autoservicio cada uno tiene que llevar su comida desde el mostrador a su mesa. Los autómaticos son de autoservicio, con la diferencia de que los platos se obtienen introduciendo una moneda en la ranura correspondiente en sendos armarios rotulados, y retirando de ellos el plato elegido. Otros restaurantes de autoservicio tienen, en vez de mesas, sillones con el brazo derecho en forma de bandeja para colocar en él los platos.

Generalmente se come bien en todos estos restaurantes, y los precios son económicos, pudiéndose obtener una excelente comida por 2,50 pesetas y un *lunch* por 0,75.

Como la gente tiene mucha prisa y todos acuden a tomar el *lunch* a la misma hora, el servicio es rapidísimo, y hasta hay restaurantes que anuncian *quick lunch* (*lunch* rápido) para atraer a la clientela atareada.

F. LOPEZ VALENIA.

ZUÑIGADAS

Postrado está don Lesmes en la cama
por usar calcetines de mojama;
y ha cogido catorce constipados
por comer caracoles salteados,
Ya lo dice a menudo doña Cleta:
«Dios es Dios, y Mahoma es un chancleta».

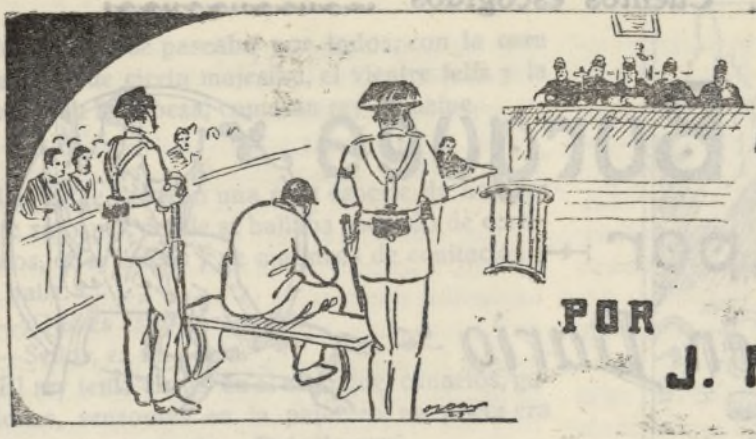
* * *

De un palo en el cogote
le curó siete callos a Iscariote;
y él, muy agradecido,
se afeitaba con caldo de cocido.
Consecuencia: «No duermas descubierto,
ni juegues al peón después de muerto».

* * *

No ha conocido Pérez a su abuela
y toca sin embargo, la vihuela.
Y, a pesar de que está casada, Emilia
tiene cuatro chiquillos de familia.
Al ver tanta rareza,
hay quien lleva en los hombros la cabeza.

Ayuntamiento de Madrid



AMOR DE MADRE

POR J. MALDONADO.

La sala de lo Criminal, quedó constituída como manda la ley. Tres magistrados de rostros severos y negros ropajes, ocuparon la mesa presidencial y un instante después, doce hombres honrados, designados por la suerte, colocáronse junto a ellos, turbados e inquietos, por lo grave y transcendental de la misión, para cuyo desempeño la sociedad les reclamaba.

Abigarrado gentío se apretujaba tras de la verja, que separaba el estrado del lugar destinado al público, ávido de no perder el menor incidente de la vista.

Un movimiento de curiosidad hizo volver de pronto todas las cabezas hacia la puerta de entrada, por la que, entre dos guardias civiles y fuertemente sujetas las manos con esposas, apareció el preso, que con la cabeza baja y el mirar contra el suelo, dirigióse al banquillo de los acusados.

Era el preso un adolescente, casi un niño, de semblante vulgar y mirar sin expresión.

Comenzó el relator la lectura de la causa, cuyos misteriosos hechos, habían conseguido despertar en grado sumo la curiosidad pública.

A pesar de la poca edad del reo, era su delito de los más graves. El adolescente, de mirada vaga y porte inofensivo, había dado muerte a su hermano.

La casa del barrio obrero, tranquilo y honrado, donde el Sr. Juan Valls vivía con su mujer y sus dos hijos, vióse una tarde sorprendida por el suceso del día. El menor de los hijos fué conducido al cementerio, el otro a la cárcel y los padres, únicos testigos de lo que allí sucediera, quedaron sin duda maldiciendo su suerte, por no haber corrido la misma del hijo muerto.

Caliente estaba aún el cuerpo de la infeliz víctima, cuando el padre desapareció, sin que volviera a saberse de su paradero.

La justicia entretanto, se ensañó con la madre, que con estoico valor supo soportar todas sus indagaciones pruebas y torturas.

Ni por un instante decayó su ánimo, ni al hijo preso le faltaron un día sus solícitos cuidados.

Unica testigo presencial del suceso, en ella hubo de fijarse toda la atención, cuando vestida de luto y con los ojos secos, por no poder llorar o quizás por haber llorado mucho, compareció a declarar ante los jueces.

Sin fijar siquiera la vista en el banquillo, donde el hijo aguardaba anhelante las palabras que iban a salir de sus labios, con hablar claro y conciso, refirió el delito: Terminaban de comer el matrimonio y los dos hijos; el mayor, con un cuchillo mondaba una fruta, al tiempo que el muerto, y sólo por broma, se abalanzó jugando hacia su hermano, con tan mala suerte, que el cuchillo quedóle clavado en el corazón.

Y la pobre madre se tapaba la cara con las manos, como queriendo apartar de sí la visión, que ya la perseguiría siempre.

Con enérgico acento, combatió después, la versión que insistentemente circulaba, de que el preso era un holgazán, que maltrataba sin cesar a su hermano, tal vez por envidia de ver que de todos era más querido, puesto que con su jornal ayudaba al sostenimiento de la casa.

Si su hijo era el muerto, su hijo era el preso.

Una oleada de caritativa compasión, caldeó la sala. Como sólo ella presenció el delito, hubo de triunfar su testimonio.

Declaró el Jurado inculpable al reo, y un instante después, fué devuelto a la libertad.

Cuando con lágrimas en los ojos quiso abrazar a la que debía dos veces la vida, ella le apartó de sí aterrada, mientras al defensor que la animaba a que ya nunca se separase de su hijo y viviera para él, toda desfallecida' con demudada voz y el mirar horrorizado, respondió:

—He hecho cuanto he podido por él; pero que se marche lejos, que se vaya donde yo no vuelva a verle más.

Ayuntamiento de Madrid

El Rey Burgués

por

Rubén Darío

¡Amigo!, el cielo está opaco; el aire, frío; el día, triste. Un cuento alegre..., así como para distraer las brumosas y grises melancolías, helo aquí.

***

Había en una ciudad inmensa y brillante un rey muy poderoso, que tenía trajes caprichosos y ricos, esclavas desnudas, blancas y negras; caballos de largas crines, armas flamantísimas, galgos rápidos y monteros con cuernos de bronce, que llenaban el viento con sus fanfarrias. ¿Era un rey poeta? No, amigo mío: era el Rey Burgués.

***

Era muy aficionado a las artes el soberano, y favorecía con gran largueza a sus músicos, a sus hacedores de ditirambos, pintores, escultores, boticarios, barberos y maestros de esgrima.

Cuando iba a la floresta, junto al corzo o jabalí herido y sangriento, hacía improvisar a sus profesores de retórica canciones alusivas; los criados llenaban las copas del vino de oro que hierve, y las mujeres batían palmas con movimientos rítmicos y gallardos. Era un rey sol, en su Babilonia llena de músicas, de carcajadas y de ruido de festín. Cuando se hastiaba de la ciudad bullente, iba de caza atronando el bosque con sus tropeles; y hacía salir de sus nidos a las aves asustadas, y el vocerío repercutía en lo más escondido de las cavernas. Los perros, de patas elásticas, iban rompiendo la maleza en la carrera, y los cazadores, inclinados sobre el pescuezo de los caballos, hacían ondear los mantos purpúreos, y llevaban las caras encendidas y las cabelleras al viento.

***

El rey tenía un palacio soberbio, donde había acumulado riquezas y objetos de arte maravillosos. Llegaba a él por entre grupos de lilas y extensos estanques, siendo saludado por los cisnes de cuellos blancos antes que por los lacayos estirados. Buen gusto. Subía por una escalera llena de columnas de alabastro y de esmaragdina, que tenía a los lados leones de marmol, como los de los troncos salomónicos. Refinamiento. A más de los cisnes tenía una vasta pajarera, como amante de la armonía, del arrullo, del trino; y cerca de ella iba a ensanchar su espírititu leyendo novelas de M. Ohnet, o bellos libros sobre cuestiones gramaticales, o críticas hermosillescas. Eso sí, defensor acérrimo de la corrección académica en letras, y del modo lamido en artes; alma sublime amante de la lija y de la ortografía.

***

¡Japonerías! ¡Chinerías!, por lujo, y nada más. Bien podía darse el placer de un salón digno del gusto de un Goncourt y de los millones de un Creso: quimeras de bronce con las fauces abiertas y las colas enroscadas, en grupos fantásticos y maravillosos; lacas de Kioto con incrustaciones de hojas y ramas de una flora monstruosa, y animales de una fauna desconocida; mariposas de raros abanicos junto a las paredes; peces y gallos de colores; máscaras de gestos infernales y con ojos como si fuesen vivos; partesanas de hojas antiquísimas y empuñaduras con dragones devorando flores de loto; y en conchas de huevo, túnicas de seda amarilla, como tejidas con hilos de araña, sembradas de garzas roja y de verdes matas de arroz; y tibores, porcelanas de muchos siglos, de aquellas en que hay guerreros tártaros con una piel que les cubre hasta los riñones, y que llevan arcos estirados y manojos de flechas.

Por lo demás, había el salón griego, lleno de mármoles, diosas, musas, ninfas y sátiros; el salón de los tiempos galantes, con cuadros del gran Watteau y de Chardin; dos, tres, cuatro, ¡cuántos salones!

Ayuntamiento de Madrid

Y Mecenas se paseaba por todos, con la cara inundada de cierta majestad, el vientre feliz y la corona en la cabeza, como un rey de naipe.

*
* *

Un día le llevaron una rara especie de hombre ante su trono, donde se hallaba rodeado de cortesanos, de retóricos y de maestros de equitación y de baile.

—¿Qué es eso?—preguntó.

—Señor, es un poeta.

El rey tenía cisnes en el estanque, canarios, gorriones, senzontes en la pajarera: un poeta era algo nuevo y extraño.—Dejadle aquí.

Y el poeta:

—Señor, no he comido.

Y el rey:

—Habla, y comerás.

Comenzó:

*
* *

—Señor, ha tiempo que yo canto el verbo del porvenir. He tendido mis alas al huracán, he nacido en el tiempo de la aurora: busco la raza escogida que debe esperar, con el himno en la boca y la lira en la mano, la salida del gran sol. He abandonado la inspiración de la ciudad malsana, la alcoba llena de perfumes ,la musa de carne que llena el alma de pequeñez y el rostro de polvos de arroz. He roto el arpa adulona de las cuerdas débiles contra las copas de Bohemia y las jarras donde espumea el vino que embriaga sin dar fortaleza; he arrojado el manto que me hacía parecer histrión o mujer, y he vestido de modo salvaje y expléndido: mi harapo es de púrpura. He ido a la selva, donde he quedado vigoroso y ahíto de leche fecunda y licor de nueva vida; y en la ribera del mar áspero, sacudiendo la cabeza bajo la fuerte y negra tempestad, como un ángel soberbio, o como un semidios, olímpico, he ensayado el yambo dando al olvido el madrigal.

He acariciado a la gran Naturaleza, y he buscado el calor del ideal, el verso que está en el astro en el fondo del cielo, y el que está en la perla en lo profundo del Océano. ¡He querido ser pujante! Porque viene el tiempo de las grandes revoluciones, con un mesías todo luz, todo agitación y potencia; y es preciso recibir su espíritu con el poema que sea arco triunfal, de estrofas de acero, de estrofas de oro, de estrofas de amor.

¡Señor, el arte no está en los fríos envoltorios de mármol, ni en los cuadros lamidos, ni en el excelente señor Ohnet! ¡Señor!, el arte no viste pantalones, ni habla en burgués, ni pone los puntos

en todas las íes. El es augusto, tiene mantos de oro, o de llamas, o anda desnudo, y amasa la greda con fiebre, y pinta con luz, y es opulento, y da golpes de alas como las aguilas, o *zarpazos* como los leones. Señor, entre un Apolo y un ganso, preferid el Apolo, aunque el uno sea de tierra cocida y el otro de marfil.

¡Oh, la poesía!

¡Y bien! Los ritmos se prostituyen, se cantan los lunares de las mujeres y se fabrican jarabes poéticos. Además, señor, el zapatero critica mis endecasílabos, y el señor profesor de farmacia pone puntos y comas a mi inspiración. Señor, ¡y vos lo autorizáis todo éstol... El ideal, el ideal...

El rey interrumpió:

—Ya habéis oído. ¿Qué hacer?

Y un filósofo al uso:

Si lo permitís, señor, puede ganarse la comida con una caja de música; podemos colocarle en el jardín, cerca de los cisnes, para cuando os paseéis.

—Si—dijo el rey—; y dirigiéndose al poeta:—Daréis vueltas al manubrio. Cerraréis la boca. Haréis sonar una caja de música que toca valses, cuadrillas y galopas, como no prefiráis moriros de hambre. Pieza de música por pedazo de pan. Nada de jerigonzas ni de ideales. Id.

Ayuntamiento de Madrid

Y desde aquel día pudo verse a la orilla del estanque de los cisnes al poeta hambriento que daba vueltas al manubrio: tiririrín, tiririrín..., ¡avergonzado del gran sol! ¿Pasaba el rey por las cercanías? ¡Tiririrín, tiririrín...! ¿Había que llenar el estómago? ¡Tiririrín! Todo entre las burlas de los pájaros libres que llegaban a beber rocío en las lilas floridas, entre el zumbido de las abejas que le picaban el rostro y le llenaban los ojos de lágrimas..., ¡lágrimas amargas que rodaban por sus mejillas y que caían a la tierra negra!

Y llegó el invierno, y el pobre sintió frío en el cuerpo y en el alma. Y su cerebro estaba como petrificado, y los grandes himnos estaban en el olvido, y el poeta de la montaña coronada de águilas no era sino un pobre diablo que daba vueltas al manubrio: ¡tiririrín!

Y cuando cayó la nieve se olvidaron de él el rey y sus vasallos; a los pájaros se les abrigó, y a él se le dejó al aire glacial, que le mordía las carnes y le azotaba el rostro.

Y una noche en que caía de lo alto la lluvia blanca de plumillas cristalizadas, en el palacio había festín, y la luz de las arañas reía sobre los mármoles, sobre el oro y sobre las túnicas de los mandarines de las viejas porcelanas. Y se aplaudían hasta la locura los brindis del señor profesor de retórica, cuajados de dáctilos, de anapestos y de pirriquios, mientras en las copas cristalinas hervía el Champaña con su burbujeo luminoso y fugaz. ¡Noche de invierno, noche de fiesta! Y el infeliz, cubierto de nieve, cerca del estanque, daba vueltas al manubrio para calentarse, tembloroso y aterido, insultado por el cierzo, bajo la blancura implacable y helada, en la noche sombría, haciendo resonar entre los árboles sin hojas la música loca de las galopas y cuadrillas; y se quedó muerto, pensando en que nacería el sol del día venidero, y con él el ideal..., y en que el arte no vestiría pantalones, sino manto de llamas o de oro... Hasta que al día siguiente lo hallaron el rey y sus cortesanos, al pobre diablo de poeta, como gorrión que mata el hielo, con una sonrisa amarga en los labios, y todavía con la mano en el manubrio.

***

¡Oh, mi amigo!, el cielo está opaco; el aire, frío; el día, triste. Flotan brumosas y grises melancolías...

Pero ¡cuánto calienta el alma una frase, un apretón de manos a tiempo. Hasta la vista.

Sabiduría árabe

Cuando el simún levanta una arista del suelo, nadie sabe adónde la arista irá a parar. Cuando un hombre confía a la mujer un secreto, no puede saber a qué oídos llegará el secreto.

Omar ben Usein, uno de los varones más justos que acataron los preceptos del Koran, uno de los guerreros más valientes que ciñeron cimitarra, el jinete más hábil e incansable que apretó los flancos de una yegua de la tribu de Koreichi, tuvo, sin embargo, una debilidad en su vida. Enamorado perdidamente, cuando era muy joven, de una mujer que vivía cerca de su propia morada, no sabiendo cómo obtenerla, pues Hassan ben Luid no quería venderla, un día la robó, hiriendo a Hassan, matando a dos de sus más fieles servidores. La fechoría se achacó a unos beduinos y nadie molestó a Omar ben Usein.

Pero un día, enamorado de su esclava Leilah, confesóle su maldad, sin saber por qué, quizá obedeciendo a los mandatos de Eblis, que tienta a los hombres para perderlos. Y Leilah, que amaba a Omar como sólo debe amarse a Allah—¡bendito sea su nombre!—sintió celos, celos que le roían el alma, celos de aquella esclava que ya no vivía, pero que había poseído todo el amor de su dueño. Y como, cuando una mujer está celosa parece poseída por las furias que no perdonan, Leilah contó a Hassan cuanto Omar le había dicho, y Omar murió a la noche, atravesado el corazón por un yagatán de azulada hoja.

Cuando sopla el simún, la arista que levanta no sabe adónde irá a caer; cuando confías un secreto a una mujer, cuida de que ese secreto no cause tu perdición.

Tuertos célebres

Filipo de Macedonia perdió un ojo en la guerra. No dió después batalla que no ganase.

Aníbal quedó tuerto pasando los Alpes. Roma tembló al oir pronunciar su nombre por espacio de diez y seis años.

Sertorio no tenía más que un ojo.

Triunfó tres veces de Pompeyo.

Zisca, terror del imperio romano, era tuerto.

Horacio Cocles, tuerto asimismo, defendió él solo un puente contra el ejército de Porsena.

Camoens perdió un ojo en las guerras de la India. Después escribió las Lusiadas.

Por último, el autor de la *Marcela, o cual de los tres*, no tenía más que un ojo, y fué el mejor poeta cómico de su época.

Ayuntamiento de Madrid

EL VELLOCINO DE PLATA

NOVELA POR FRANCISCO CAMBA

(CONTINUACIÓN)

—¿Vendrás? Ven, mi vida. Ven mañana, anda...

Estela palideció intensamente.

—Mira, antes del domingo, a esa hora que decís, no puedo. Pero el domingo, sí. El domingo espérame.

Daniel se alejó en busca de las inmediatas frondas de Palermo, necesitado de aire, loco, como si realmente hubiese cometido un crimen. A solas consigo mismo, bajo la calma serena de la noche, decidió que aquello no podía ser. Antes del domingo la disuadiría, le hablaría de un viaje, impediría por todos los medios que fuese a su casa. Pero el día siguiente no la vió. Al otro, únicamente hablaron de aquel gran proyecto de siembra que Daniel tenía y Estela, con resignación adorable, le animaba a emprender cuanto antes.

—Ya lo ves. Tenemos que ir resolviendo nuestra vida. Dentro de poco, cuando esto que nos pasa se sepa, estaremos abandonados de todo el mundo.

Era ya el viernes, y al lado de Estela nuevamente olvidó Daniel cuanto no fuese su belleza y la seducción de sus hechizos. Luego, de noche, antes de acostarse, abrió la ventana, sintiendo que las sienes le ardían. Había luna, una luna muy clara, y la azotea recordaba mejor que nunca un bello rincón aldeano, todo lleno de paz. No venían ruidos de la calle. Dormía el hotel entero, y en silencio hilaba la fuente su agua plateada. Era la aldea, y en la aldea se vió Daniel casado con la criolla. Los saludaban los campesinos amorosamente al cruzarse en las veredas; por entre los sembrados, desbordándose de los muros, se inclinaban hacia ellos para acariciarlos las más tiernas ramas de los árboles; les hablaban los arroyos y las campanas y todo se creyera deseoso de mostrarles amistad... Estela, desgraciadamente, no se daba cuenta. A pesar de su amor a las cosas bellas del mundo, no las comprendería nunca bien. Era un amor artificioso hacia los espectáculos extraordinarios de la naturaleza y las grandes manifestaciones de su genio. Pero jamás se interesaría por la belleza humilde de las noches tranquilas, dulcemente llenas de silencio y de luna. Jamás vibraría su alma con la emoción de los sencillos y conmovedores espectáculos campestres sin los cuales estaba él seguro de que le sería imposible la vida.

Durmió mal, desasosegado, nervioso. Despertó muy temprano y le consoló una idea. Aun era tiempo. Le quedaba un día por delante para disuadirla, para evitar aquel horror de que fuese a verle. Al través de las rendijas de la choza llegaban los rumores de la azotea, tan semejantes a los de un huerto campesino. A aquella hora también saldría de su sueño el huerto de Goyán. Voces de pajarillos, rumores de fuentes, cantar de hojas que se mecen, despertarían a Armida, y el pensamiento de la dulce criatura, alondra mañanera y divina, volaría hacia allí, hacia aquel rincón que tantas veces le había descrito en sus cartas, para besarle en los ojos, bondadoso como el sol que besa las tierras y les da calor y les da vida... ¿Y sería él tan torpe que se pusiese en peligro de no recibir nunca realmente ese beso? Un vago estremecimiento, un ruido leve en la puerta, le incorporó de pronto, con toda la sangre agolpándose al corazón. El pestillo se levantaba, la puerta iba a abrirse. Nadie de la casa entraría

Ayuntamiento de Madrid

así, con tanto misterio. ¿Sería Armida quien estaba a la puerta de su cuarto? ¿Se la traería el sol de la mañana? ¿Esperándola tanto quedó adormecido como el monje de cierta leyenda que ella sabía y gustaba de contarle, y se hallaba ya en el día radiante de su despertar y de su gloria?...

Y temió que no fuese Estela, la única de quien realmente podía esperar la visita. Temió despertar de aquel otro sueño no deseado, pero tan dulce, ¡tan dulce! Y era; entre los quicios de la puerta abierta ya, bajo el sol fuerte de la mañana, hubo como un incendio de sedas claras, de hebras de oro, de carne divina, dorada y ardiente. Cerró la muchacha con trémula mano, corrió el pasador y se acercó lánguidamente hacia el lecho.

—Ya ves cómo soy con vos y si sabré de verdad embellecerte la vida. He querido evitarte el tormento de la espera, y, por si soñabas conmigo, hacer realidad tu sueño...

Días después sembraba Daniel el campo, pero apenas sin alegría, viéndose comprometido definitivamente en el país, para siempre apartado de la mujer de sus verdaderos amores. ¿Como había ocurrido la catástrofe? No lo sabía, no recordaba bien. Fué al principio un ramalazo de locura, un delirio, una ofuscación de todos; fué después una cosa incómoda, un peso no sabía donde, un estado de ánimo muy semejante tal vez al de la mujer que ha caído sin un gran amor ni tampoco ciega por otra razón grande.

Al ver a Estela en su cuarto, al atraerla hacia sí, al comenzar a desnudarla, creyó todavía que se trataba de una cosa sin importancia y sin trascendencia. Olvidaba sus palabras de cierta noche, las protestas que entonces le hizo de no haber amado antes a hombre alguno; se acordó del italiano por favorecer al cual fué tan resuelta a buscar el apoyo de un casi desconocido, como le enamoró a él, la intimidad sospechosa entre ella y el estanciero del teatro. ¡Dios supiera los secretos que había en la vida de Estela! Tan fácil le fué todo hasta entonces, tanto se lo era aún, que no tuvo duda. Aquella mujer se había dado a otros, ¡quién supiese a cuántos! La desnudaba incluso con cierta pena. Si su belleza no fuese tanta, tan deslumbradora, tan cegadora, tal vez hubiese vuelto a vestirla para despedirse sólo con un beso. Desgraciadamente, la ropa, ya suelta, comenzaba a mostrar en todo su esplendor tesoros hasta entonces apenas entrevistos, y la habitación entera parecía llenarse con una dorada luz de milagro, ofuscadora, irresistible.

Sintió todavía una especie de lástima al contemplarla velada apenas por la tela diáfana de la camisa, estirándose más, con ademán rápido, las estiradísimas medias transparentes. Le miró encendida, y ocultando algo de su desnudez entre los lazos y las cintas que amontonó sobre el seno, corrió muy pálida hacia el lecho, donde comenzó a besarle, a abrazarle con sus brazos perfumados y frescos, y a dejarse acariciar toda. Sintió lástima. Lástima de la pobre mujer que así, tan fácilmente, se daba, y lástima también del padre aquel hombre tan caballeroso, tan digno, tan merecedor de otra hija. Después opuso ella rubores que Daniel consideró un poco exagerados. Y molesto por la inesperada y sin duda hipócrita resistencia, aludió, con frase reticente, a las telas que la vestían y que a tantos sitios debieron acompañarla.

—¡Si hablasen!

No pareció ofenderla la frase, pues tardó un rato en responder. Fué la sospecha lo que la hizo clavarle los ojos serenos y melancólicos y desasirse luego, tristemente, de sus brazos.

—Déjame entonces. Deja que me vista.

Arrepentido de su crudeza, de su rudeza torpe, comenzó a envolverla en caricias y en ternuras. ¡La quería tanto! ¡Tenía tales celos de su pasado todo! ¡Se consideraba tan poco para merecer aquella felicidad inefable! Ella acabó por acercarle los labios febriles a la boca, uniéndose a él cual si quisiera besarle con el cuerpo entero. Y más

Ayuntamiento de Madrid

tarde, sonriendo al través de sus lágrimas, murmuraba con cantante acento de triunfo:

—¡Si hablase la ropa que me ha acompañado a tantos sitios! ¡Pues ya sabes lo que hubiera podido decir!

La prueba era irrecusable, en efecto. Con toda aquella sencillez, con toda aquella facilidad, Estela había acudido a hacerle un regalo divino y completo. Nada había tenido que ver con nadie nunca. Y más le extrañaba a Daniel lo absoluto de esta certeza. Ni a medias se dió jamás; puede que ni besos hubiese concedido, pues bien observaba que era con él con quien estaba aprendiendo a darlos. No le parecía, así y todo, dominada por una de esas pasiones avasalladoras que ofuscan las potencias y adormecen la voluntad. No acertaba a comprender el motivo verdadero por el cual fué a sus brazos. Pero estaba seguro de que no llegó a él vencida. Más bien pudiera creerse que se daba como en premio de algo... ¡Qué mujer tan extraña! ¡Pero qué encantadora y qué admirable también!

XII

Siguieron viéndose en el mismo sitio. Ella se recataba un poco al entrar en la casa. Ya dentro, apenas había temores, pues quien la viese la tomaría tan sólo por una vecina del hotel. El cuidado volvía a tenerlo en la azotea, no siempre sin gente. Un día suplicó:

—Recelo mucho que tus amigos me descubran. ¿Por qué no te vas a otra casa?

Daniel no podía darle a Antón tal testimonio de ingratitud. Lo que hizo fué trasladarse a una de las habitaciones menos descaradas, como aquella donde estuvo al llegar. Ya allí no había peligro alguno. Si acaso, el de las camareras, y ese era peligro que se conjuraba fácilmente con una propina. Dos veces por semana, perdido todo temor, iba la muchacha a verle. Los otros días daban lentos paseos, la acompañaba a hacer compras, a las carreras, a tomar el te. De noche estaban untos en el teatro... Y siempre, al recibirlo, encontraba ella el modo de adoptar ante él apariencias más deslumbradoras, y al hablarle en su casa, en la confitería, en el hipódromo, delante de gente, decirle cosas que le enternecían y le deslumbraban.

Así supo que casi por ella, para retenerle en la ciudad, se hizo la obra del pueblo, pues ya entonces, sin confesárselo a sí misma, le adoraba. Así supo cuánto sufrió al advertir que la esquivaba, que le temía tal vez. Sufrió, sufrió mucho con el recelo de que no llegase a amar. ¡Y aún no sabía que ella le amaba tanto!

Daniel, poco a poco, fué rindiéndose a la evidencia del amor de aquella criatura. Desgraciadamente no se olvidaba de Armida. La compasión que había venido a mezclarse con su cariño le hizo, por el contrario, amarla más. Nunca sus cartas a la novia lejana fueron tan dulces, tan llenas de frases apasionadas y vehementes. Un riesgo grave, del que no supo apartarse a tiempo, había venido a realizarse, haciendo imposible el gran amor de su vida. ¿Cómo salvarlo ya? Estela, con todas sus libertadaes, con sus ligerezas todas, en el fondo era una ingenua que se había confiado a él, al amor que le mintió con tan deslumbradoras apariencias de certeza. ¿Y podía desengañarla aún? ¿Tendía valor para abandonarla después de lo ocurrido?

Se refugió enteramente en su trabajo, en aquel trabajo misericordioso gracias al cual casi olvidaba sus angustias. El campo esta en la llanura infinita; pero dos gigantescos ombúes, levantándose a lo lejos, ponían allí una dulce nota hasta donde era grato dejar que los ojos fuesen. Y un rancho semiderruído, mostrando las cañas de tacuará de las paredes, amasadas con la misma tierra que más lejos ya sustentaba en trigo sembrado, le servía de refugio en las tardes lluviosas. Habían ara-

Ayuntamiento de Madrid

do peones contratados, sin descanso, de noche a veces, bajo la luna, removiendo la uña de hierro los cristales ruidosos y finos de la escarcha. Llegaron pródigos de sol los días de la siembra y llovió providencialmente poco más tarde. Volvió a llover... Y Daniel no encontraba ahora goce para su corazón como el de contemplar aquel campo venturoso donde las mieses crecían verdes y prometedoras. Andaba por entre ellas arrancando con mano cuidadosa la cizaña y los abrojos. Llegó casi a odiar las flores que por entre las cañas del trigo se animaban a mostrarse, con odio de campesino hacia todo enemigo de su bien. Vuelto a la ciudad, satisfecho de sí propio, con la conciencia de estar realizando obra útil, todo tenía para él voces nuevas y acariciadoras. Y Estela, cuya dulzura aumentaba de instante a instante, se convertía en algo así como la compensación divina de no sabía qué grandes catástrofes de su existencia. ¡Con qué ansia decía esperarle! ¡Con qué radiante contento le recibía! ¡Qué besos le daba! ¡Qué inefable dulzura sabía poner en sus palabras y en sus caricias! ¡Oh, si pudiese amarla cual amaba a la otra!

Los días en que iba al hotel eran, sobre todo, los días verdaderamente radiantes de su existencia. Su alma, tan llena de amor, encontraba allí la fuente generosa del camino que mitiga un poco la fiebre de la jornada. Abrazado a ella, viendo clavados en los suyos aquellos ojos verdes que se hacían más profundos y adquirían una vaguedad como de éxtasis, le decía todas las palabras que hubiera dicho a la otra, con la misma vehemencia, con la misma emoción. Y la muchacha, feliz, agradecida, parecía oírle embelesada, con una palidez casi de sufrimiento. A veces cerraba los párpados, recogiéndose toda en la delicia de aquellas palabras, como si oyese una música; a veces abría inmensamente los ojos y los ahicaba en él más luminosos que nunca, irradiando magníficamente la felicidad que la inundaba. Y luego era cuando venía el premio mejor, y le abrazaba con fuerzas increíble y le besaba con besos devoradores y daba a su amor los caracteres de una embriaguez, de una locura.

Una de aquellas divinas mañanas volvía Daniel de acompañarla hasta la puerta de la calle, sonriendo aun a sus frases últimas, cuando la sonrisa se le heló en los labios. Desde el fondo adelantaba un individuo con un chambergo legendario en la cabeza y en el continente toda la apostura gentil de los bravos antiguos. Gritó aterrado:

—¡Farfán!

Mas, por venturosa protección del destino, el fiero hombre no había conocido a Estela. El corazón más enamorado también debe dormirse en ocasiones, y Farfán de los Godos, que vió una silueta arrogante despidiéndose de Daniel y una madeja de oro iluminando la escena, no adivinó a quién pertenecían. Al detenerse ante su amigo se limitó a afearle, con frase risueña, el desengaño que le daba. ¡Tan fiel amador como decía y consolándose de aquel modo! No se lo censuró mucho, sin embargo. La mujer, a juzgar por lo poco que había visto, valía la pena realmente.

—¡Bien, hombre! ¡Felices vosotros, los que tenéis ese corazón! ¡Yo en cambio!

Daniel no se atrevió a preguntarle nada; pero Farfán lo dijo todo. En la ausencia se había aumentado su amor como una hoguera al viento. Y si alguna esperanza tenía, era ésta; que, de tanto pensar en la mujer adorada, de tanto adornar su recuerdo con el fino trabajo de una imaginación no ocupada en otra cosa, la realidad aun siendo la radiante realidad que era, se quedase corta, y Estela ya no le gustase. Entonces estaba salvado. No lo creía, así y todo, no lo esperaba. Desgraciadamente, Estela seguiría gustándole como siempre y con sus desdenes acabaría de matarlo.

A la hora del almuerzo contó su hazaña. No estaba muy seguro de ser rey de ningún sitio. Los periódicos, atentos a su costumbre, exageraban; exageraba Villasuso por deberes de poeta... No sabía de cierto si le proclamaron rey, pero capitaneó, eso sí, una punta de individuos animosos y audaces y su porvenir empezaba a esclarecerse. Explorando el territorio había descubierto unas minas que denunció, y no tardarían en explotarse. Ya andaba en tratos, pronto sería rico, y, al parecer, no se daban cuenta de lo que aquello significaba.

—¡Caramba, la riqueza es siempre una gran cosa!

Farfán los miró con desprecio. Para un hombre como él, la riqueza, en las circunstancias vulgares de la vida, no era nada. ¡Era, si acaso, un estorbo, una indignidad, un asco!...

—¡Pero ahora!

Y explicó alegre, triunfante. Iturbe estaba arruinado. ¿No lo sabían? Pues sí, lo estaba. Ya viejo, ya sin las energías de antaño, se metio en un asunto como aquel del pueblo, que, con todas sus doradas justificaciones, era un vulgarísimo negocio basado en la especulación sobre los terrenos...

—Y se ha especulado excesivamente. Se ha es-

(Continuará).

Ayuntamiento de Madrid